

LA ILUSTRACION Sud-Americana

AÑO VII

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 148

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, FEBRERO 16 DE 1899

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



SILUETAS DE VERANO — EN EL CAMPO — DIBUJO DE R. J. CONTELL

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—	Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.—
 Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897 Y 1898

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



INJUSTO a todas luces es el fallo de la opinión y de la prensa diaria: háse tachado al pasado carnaval, de pobre, decadente, misero y... casi casi, de harapiento. La incorrección, se ha dicho, la poca gracia de las máscaras, la *guarangueria*, por emplear un gráfico término local, han prevalecido en el conjunto, y... el carnaval se muere.

La tradicional licencia que «la indolencia de la civilización contemporánea» concede en tres días de desenfreno, en todos los pueblos del orbe, ha sido un fiasco, en tesis general, en nuestra gran capital bonaerense. ¿De qué nos quejamos?

Condensar todo lo soez y ridículo de esas fiestas que desdoran a la humanidad, es una obra eminentemente popular, sabia, filosófica, de enseñanza elemental, que la cordura exige, que la ciencia impone, que la moralidad común preceptúa. El disfraz está en abierta contradicción con la nobleza ingénita del hombre, y las mascaradas, las voces fingidas, los trajes abigarrados que seducen a la infantil cohorte de los ilusos y de los necios, están en abierta contradicción con los propósitos, la prepotencia y la seriedad de que alardeamos en nuestra agitada vida de afanes y trabajos.

La civilización se detiene: fábricas y escuelas se cierran; talleres y tribunales reposan; todas las iniciativas del tráfico y todos los adelantos de la enseñanza, abren amplio paso a las locuras de una minoría que, transformando su indumentaria cotidiana, disfrazan su condición habitual y arremeten contra el código social, y sus usos y preocupaciones, con un antifaz ridículo que autoriza todos los excesos y da sanción a las vulgares tonterías de bromas sin gracejo y sin oportunidad.

Y la mayoría, sesuda, consciente, pensadora y laboriosa, se atropella en plazas y calles por gozar del espectáculo, olvidando la gravedad de la víspera, los dictados de la razón y las repulsiones que nacen de su carácter y de su educación, ante el misero conjunto de todo lo chabacano expuesto en la plaza pública.

El desencanto empieza con los primeros días de la cuaresma: ni bailes ni músicas, dejan en el ánimo más que el amargo dejo de placeres efímeros, de satisfacciones incompletas, de concesiones de que se avergüenza la inteligencia, que remuerden en el corazón, y señalan en el cansancio físico todas las postrimerías tristes del «sueño de una noche de verano».

¿Que el carnaval se muere? Amplio y franco paso a su pútrido cadáver, resumen y verbo de todas las miserias humanas.

En el curso de la ya larga historia del universo, descuellan por doquier los desatinos sociológicos y la incertidumbre en las soluciones de gobierno en todas las épocas. Ojos ciegos, los de los contemporáneos, no divisan, en su tiempo, la ley que guía y regula sus procederes, y viven mezclados los atributos de la justicia y los desmanes de la parcialidad y la envidia. El maravilloso resorte que señala rigurosa marcha a los acontecimientos de cada edad y de cada siglo, permanece en el misterio: la posteridad reúne y coteja causas y accidentes, estudiando con parsimonia el soberbio avance de las sociedades, que, fundiendo, a través de los años, iniquidades antecesoras y regenera-

ciones postreras, presenta como ley del arte, la armonía del conjunto y como ley de la ciencia, la lógica insuperable de los sucesos.

Todos los excesos presentan un contrapeso: del vicio álgido, nace la virtud vivificadora; del caos de los errores y los prejuicios, la sensatez y la cordura; de la tiranía, la libertad, y de la licencia y el desquicio, el despotismo.

Misterios, fenómenos ó como se les llame, son jalones de todo proceso histórico que nos delinea los contornos de una línea pura que marca el adelanto progresivo de los pueblos, y la ruta imborrable de su perfeccionamiento.

De nuestras actuales indecisiones, de la *perplejidad sociológica* en que viven gobernantes y pensadores, ha de brotar el surco indeleble que sirva de cauce a nuestras vacilaciones del día y a nuestras intemperancias del momento. La casualidad y el fatalismo están condenados en la esfera del pensamiento moderno: no caben evoluciones matemáticas de repetición inconsciente, y las ciencias exactas, presentan sólo números, que dibujándose misteriosamente, como jeroglíficos a medio descifrar, nos indican toda la extensión de sus aplicaciones en este siglo que, al terminar, *compéndia* en un problema económico, todas las incógnitas de las difíciles «cuestiones políticas» contemporáneas.

Más resuelta que la política, y más atrevida y audaz, la guerra, ha preceptuado la máxima potencia del número, de la fuerza, y ni la astucia, ni el heroísmo, ni el saber, sirven en estas luchas del día. La inteligencia cede a la cantidad, y ésta es la expresión completa, la fórmula definitiva de la «razón del siglo».

Por eso, las cuestiones bélicas, los ardorosos entusiasmos de la juventud, la potencia naval y el arte de combatir, señalan la etapa de una marcha que sólo deja divisar en el horizonte la fórmula rosada de «paz universal» que el más poderoso y más armado de los reyes coronados de la tierra presenta como farmacopea de virtudes curativas.

Ilusiones a un lado, vivimos en guerra perpetua, por uno ú otro concepto, en una ú otra forma: por eso las cuestiones militares han sido el cebo en que han mordido las parlteras lenguas de nuestros periodistas, en estos días.

Alguien ha dicho que nuestra escuadra, que nuestra organización militar y nuestros elementos bélicos no tienen cimientos estables, ni guardan las debidas proporciones con fuerzas, recursos económicos y «potencia de población». Resultante, se dice, de improvisados alardes de un arranque histórico, en circunstancias anormales que exigen solución rápida é imperiosa, ha habido tema para larga discusión en la prensa, sobre la conveniencia, los defectos y la inutilidad de *tutelas* ejercidas por asesor ó asesores que el gobierno pensaba seleccionar en el extranjero para nuestras fuerzas militares de tierra.

La ola fué creciendo: caldeada la discusión, agotáronse los recursos de la dialéctica en contra de la «idea ministerial» y después, el obligado descanso, del cansancio carnavalesco nos lleva al mutismo y a cambio de platos y de salsas y condimentos con que mantener despiertos los paladares de la gente ociosa.

¿A otro tema? No: aún queda mucho por decir: aún quedan por pesar en la balanza de la disputa «nuestras condiciones bélicas», conjunto de nativas disposiciones, resumen de luchas civiles en que al «valor personal» se concede excesivo dominio, en que, con la lucha irregular de breves campañas revolucionarias, persecuciones, pequeños combates al azar, nos hemos olvidado del sentido y condiciones del ejército moderno, é implantando acá y allá, progresos exóticos en nuestro ambiente nacional, nos han alejado del gran estudio de las organizaciones de la fuerza armada en las más adelantadas naciones europeas.

Pero no son asesores técnicos, ni jefes inteligentes los que han de modificar rápidamente el medio en que giramos: sobra ciencia teórica, en todos los países europeos, y pululan libros y enseñanzas por los centros de instrucción, en que aprender é instruirse. No es obra de un día ni se llega a su coronamiento por la holganza y la prosopopeya. El estudio, la aplicación prudente al medio, la emulación y el estímulo, han de vencer las cortapisas y quebrantos de esta situación insegura, y en una escuela superior de guerra (proyecto otras veces acariciado y hoy casi en olvido) ha de hallarse el germen vivificador de nuestra instrucción y aprendizaje.

Quizás estos debates, y el cariño que los apadrina entre nosotros, ofrecen ambiente fácil a los temores de las potencias centro y sud-americanas, y sirven de controversia «nuestros propósitos», planes y diplomáticos arrestos.

¿Qué piensan de nosotros en América? No es fácil emitir franca opinión, ni tener «vistas» seguras, dado el desacuerdo que impera. Pero... se dicen, comentan y explican tales *bélicos ardores* del país argentino, que no resistimos a copiar un comentario.

Véase, a propósito de la revolución boliviana,

este *relato* que transcribimos de una de las publicaciones más leídas de la República colombiana:

«Si manifestamos la convicción de que si todo se reduce a un simple ensayo y a la postre se levanta un dictador ó se acepta una intervención extranjera, LA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, verbi-gracia, esto, sobre motivar complicaciones internacionales, pondrá en peligro la integridad de la nación.

Ya que los bolivianos se han unido bajo la sombra majestuosa del pabellón federal, bueno es que continúen así, hasta dar cima al grandioso proyecto que persiguen y que perseveren lo mismo después de realizarlo.»

No se mira en cambio a la *fuerza* de los próximos (y quizás demasiado cercanos) alardes de imposición de un pueblo que geográficamente está «a la cabeza» del continente colombiano. España cedió... en una lucha desigual, a la prepotencia sajona: doblegó Francia su política ante las exigencias del inglés (que aquí, para inter-nos, menoscaba también nuestra dignidad con alfilerazos diplomáticos), y cambia Alemania de rumbos, ante las ingerencias del pueblo norteamericano.

Este se impone: hoy *hace pensar*... a Europa; mañana, tal vez, *le convenga* imponer su yugo en algún punto geográfico. ¿Que está lejos? dirán los optimistas. He aquí una muestra de la *buenavoluntad* de algunos: es de un diario colombiano al ocuparse del «fantasma» de Nicaragua, de ese paso entre dos mares, que ante la insoluble canalización del Panamá, casi preconiza y acepta el parlamento yankee:

«Vamos adelante de los acontecimientos y sepamos manejar este punto delicado, en favor de nuestro pobre país. Supongamos que mañana esté abierto el Canal de Panamá y que una potencia lo coge, a viva fuerza, como Inglaterra agarró el de Suez en 1881. ¿Qué haremos? Protestar; ¿é irá nuestra protesta más lejos, si no tenemos cómo repeler la fuerza con la fuerza, ni acorazados, ni torpederos, ni marina, ni nada? ¿Qué hacer? Hagamos escudo de nuestra debilidad y llamemos al diplomático más distinguido que tengamos, si existe, y solicitemos de los Estados Unidos que tome la soberanía sobre el Canal de Panamá, en vez de nosotros: con sitios en ambos Océanos Atlántico y Pacífico para establecer carboneras, arsenales, astilleros y fortalezas que defiendan el Canal, dándoles estas concesiones por 99 años: que sea nuestro aliado y que nos dé por cederle este derecho, una suma por ejemplo de cien millones de dollars que nosotros invertiríamos así: veinte millones para el pago de nuestra deuda exterior; treinta millones para recoger el papel moneda en el país; cincuenta millones para que los Estados Unidos ó Francia nos entreguen, construido, un ferrocarril que arranque en Puerto Colombia y remate en Bogotá, comprometiéndose a entregarlo concluido, en el curso de cinco a seis años.»

El periodo evolutivo de las naciones latinas, ofrece enseñanzas de vigoroso relieve a los pensadores. En Italia y España, las virtudes y energías del pueblo son veneros de amplios horizontes futuros; y por idéntico fenómeno, la nación francesa, a pesar de los disturbios y agitaciones del momento, resurge vigorosa y prudente, mal grado los vaticinios de los profetas de ocasión, que han visto marrar sus temores, ante la rápida solución que se ha dado en la elección de nuevo presidente de aquella república.

Y la muerte del primer magistrado de Francia, como «tema de ocasión» para los que de condecoraciones y vanidosos títulos se ocupan, ha llevado al estudio del origen y antecedentes del *Toisón de oro* que recientemente concedió España al presidente de la gran República, prestando comentarios en el juicio de un hecho curioso y olvidado, el de la creación de otra orden, análoga por el Gran Emperador de los franceses.

Napoleón I creó también una Orden del Toisón de Oro, ó más bien, para restituírle su título verdadero, la Orden de los Tres Toisones de Oro.

En el campo imperial de Shoenbrunn (cerca de Viena) el 15 de Agosto de 1809, el Emperador, conmovido por la valentía de sus soldados, y estimando que la Legión de Honor y sus cohortes, creadas siete años antes, no bastaban ya para recompensar el valor militar, instituyó la Orden de los Tres Toisones de Oro.

«Queriendo dar, dice el texto imperial, a nuestro Grande Ejército una prueba especial de nuestra satisfacción, hemos resuelto crear, como creamos por las presentes cartas-patentes, una orden que llevará el nombre de Orden de los Tres Toisones de Oro.»

Siguen los artículos, que hacían saber que la Orden no estaría a disposición del primer advenedizo. Que se juzgue por esto: era necesario haber recibido tres heridas en el campo de batalla, ó ser considerado públicamente el más bravo, ó ser príncipe de la sangre que hubiese hecho por lo menos una campaña de guerra, sean dos años de

servicios militares, ó, en fin, ser ministro después de diez años de funciones.

Sólo el príncipe imperial era caballero de nacimiento.

No había más que dos grados: el de comendador, con una pensión de 4.000 francos, y el de caballero, con 1.000 francos de dotación anual.

¿Qué sucedió con esa Orden de Caballería?

Cayó en desuso después de haberse conferido á muy pocas personas. En efecto, jamás tuvo más de cuatro titulares: el Emperador, Gran Maestre; el Rey de Roma; Andreossy, General de División, Gran Canciller; Conde de Schimmelpenninck, Senador, Gran Tesorero.

La historia es inmutable, dicen los que de estas *flaquezas* humanas se pagan: nada puede borrar un hecho cumplido. Francia, como España y Austria, ha tenido su Toisón de Oro.

La vida es cara: la propiedad urbana está en las nubes, y las disposiciones edilicias que tienden á hermosear el centro de la gran ciudad bonaerense, olvidando descuidadamente otros puntos de la misma, dan *actualidad* á un libro de interés indudable, práctico, positivo, del que tomamos los siguientes datos:

« En efecto, es una ventaja muy *relativa* para una gran ciudad, el estar edificada *toda* en *extensión* y *nada* en *altura*.

Todos los servicios municipales que se pueden ó se deben instalar resultan en extremo costosos para los vecinos, pues para costear el pago y la conservación del afirmado, su barrido, el transporte de las basuras, instalación de cañerías de gas, aguas corrientes, de cloacas, etc., y de cables eléctricos, contribuye, por ejemplo, para cada 8 ó 10 metros de frente una sola persona, por no vivir más que una familia en el único piso que tienen *por lo general* las casas y es también *uno solo* el consumidor de gas, aguas corrientes, energía eléctrica, etc. No así en la generalidad de las ciudades europeas, cuyas calles están bordadas de edificios de 4, 5 y 6 pisos altos. Allí el gasto de instalación y conservación se reparte entre *muchos* y se hace más llevadero, porque también son *varios* los consumidores.

Es evidente que si hace 15 ó 20 años, se hubiera establecido aquí la obligación de edificar al frente por lo menos con un piso alto, entre Callao y el Río, aumentándose proporcionalmente las dimensiones de los patios obligatorios y estableciendo la obligación de poner á éstos frente á frente con los del vecino, no sólo tendría la ciudad ahora otro aspecto menos chato, sino que abarcaría sólo la mitad ó un tercio de su actual extensión. Su *estado higiénico* no sería seguramente peor que el actual, pues en todas partes habría probablemente *afirmado de primer orden*, patios de mayores dimensiones, servicios de cloacas y aguas corrientes, etc.

En estas condiciones sobrarían hoy todavía *terrenos baratos á relativa proximidad del centro*, para trazar barrios modelos, para villas, etc., y no se habría seguramente producido esta fuga de tantos habitantes (de los ingleses especialmente) hacia los barrios lejanos y los pueblitos de los alrededores: Martínez, Olivos, Lomas, Adrogué, Ramos Mexía, etc.

Es también esta *mania de ensanchar indefinidamente la ciudad* y de no poder ver una calle cortada, aunque lo fuera por arboleda frondosa, la causa de que poco á poco hayan ido *desapareciendo todas las grandes y hermosas quintas* que había en el municipio.

Estas eran como otros tantos oasis ó plazas y servían de pulmones á la ciudad, á la par de éstas.

El señor Victor P. Paescke, autor del interesante folleto, alardea, en otras «notas» del mismo, de lógicas y sesudas observaciones, que condenan la *expansión territorial*, justificando la imposibilidad de atender con los actuales medios del municipio, á la pulcra y buena conservación de lo existente.

No en vano se dice «que el que mucho abarca, poco aprieta».

Nuestros centros sociales han dado brillantes fiestas, y con ellas, término á la «odisea estival». De pueblecitos de verano y balnearios más concurridos, llegan noticias de «aprestos de viaje» para el regreso á la capital; son *notas femeninas*, y ya se sabe cuál es su imperio en nuestras costumbres.

De la costilla de Adán
crió Dios á la mujer,
para dar así á los hombres
ese hueso que roer.

Ahora... rezos y oraciones borrarán culpas veraniegas y pasados excesos. Pero... ¿hay fé en estos tiempos? No se nos ocurre contestar más que con un pensamiento de Goethe, el inmortal pensador germano:

« La fé es un vaso sagrado en el que cada uno debe estar pronto á sacrificar sus sentimientos, su razón y su imaginación. Se puede disputar sobre el saber, porque esto se puede rectificar, extenderse; pero la fé siempre es una.»

MARINO BRAIS.

RITMOS

Cuando vienen á mi esos recuerdos,
Candentes efluvios de Abril y de aurora;
Al sentir ese fresco rocío
De gotas de cielo, yo sufro en mi sombra
Lo que acaso padece en la suya
El tétrico sauce, guirnalda mortuoria,
Cuando un grupo de vívidos pájaros
Festivo y cantante se esparce en su copa!

Como la ola, al romper en la orilla,
Corona de espuma la peña en que choca;
Como el sol abrillanta la nube
Con un arco iris de tintas radiosas;
Como el árbol fragante perfuma
El viento de otoño que arranca sus hojas,
El poeta, ese mártir del genio,
Consagra su angustia con himnos de gloria.
Inmortal pensamiento de pena
Que llevo en la frente como una aureola,
Sal del labio en corrientes de música,
Y alienta y cautiva las ansias que lloran....
¡Así el hielo que ciñe la cumbre,
Do nunca se mecen matices y aromas,
Baja en crespos raudales de plata
Y cubre de flores los campos que borda!

.....
¡Pero no! ¡Permanece en tu cima!
¡Oh escarcha! ¡oh tristeza! ¡no brotes! ¡no es hora!
¡No descendas! ¡No quiero que seas,—
En vez de la linfa que esmalta y abona,—
La bola de nieve que crece en su curso
Y es luego avalancha que aplasta y arroлла!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.



RECUERDOS DE JALAPA



ENTRE todas las notas de turista que guardo, resalta brillante y luminosa la que se refiere al Obispo de Veracruz, ilustrísimo señor don Joaquín Arcadio Pagaza, varón doctísimo, poeta de altos vuelos y literato distinguido. Tiene dicho prelado su residencia habitual en esta pintoresca ciudad de Jalapa, capital del estado de Veracruz, en donde han encontrado asimismo cariñosa hospitalidad muchas familias cubanas, que abandonaron el hogar inolvidable por temor á los horrores del bloqueo, y en donde se venera al pastor dignísimo que regentea su iglesia. Y bien lo merece, porque el padre Joaquín es un exquisito, en el sentido gráfico que emplea Hugo al referirse á los varones de alma pura y de talento esclarecido. Cuando lo veo con su larga sotana morada y roja, en su palacio, ó revestido en las solemnes fiestas de majestuoso manto de riquísimos y albos encajes y de fastuosas alhajas (en cuya confección y acopio pone sumo cuidado), levantando la hostia santa con sus dedos finos, delicados, me recuerda los refinamientos del bello tipo creado por Dumas en *Los tres mosqueteros*.

El amor que el pueblo le profesa púsose de manifiesto no hace muchos días en una gran velada literario-musical con que la más granada sociedad jalapeña festejó sus natales. Celebróse dicha fiesta en el salón de actos del Seminario y en ella pude apreciar los méritos del Obispo como poeta inspirado, en una bellísima y conceptuosa poesía que recitó de un modo admirable el cura de Orizaba. Me llamó tan extraordinariamente la atención el sabor clásico y las bellezas de forma de aquella pieza literaria, que quise conocer su labor poética. ¡Qué tesoros encontré en sus colecciones! No puedo menos que copiar algunas estrofas de sus *Idilios*, para regocijo de los paladares refinados de nuestros lectores:

«En la estación del céfiro y las flores,
cuando los bosques la colina empañan
y salpica, doblando sus rumores,
el arroyo su cerco de espadaña;
ya que se encuna en nubes de colores
Apolo, trasponiendo la montaña
entré anhelante en la cañada amiga
un alivio buscando á mi fatiga.

De rama en rama, tímidas las aves
volaban, su postrera melodía
dejando oír en las agrestes naves
que á trechos forma la arboleda umbría;
las florecillas del laurel suaves
desbriznaba al hurtarles su ambrosía
el colibrí, luciendo en pecho y alas
su pedería y deslumbrantes galas.

.....
¡Cuánta belleza, cuánta poesía
en su inmensa extensión el campo encierra
la tarde al espirar! Muda, sombría,
destácase en el cielo el alta sierra;
se encoge el río, triunfa la osadía
de las tinieblas en la torpe guerra
que mueven á la luz, y mudo el viento
en las ramas se mece soñoliento.

Del hondo lago el límpido oleaje
que lamía la arena, aquel ruido
misterioso que forma en el bosque
el avechilla cuando torna al nido,
y el variado magnífico paisaje
de la verde campiña, embecido
contemplaba de un átomo á la sombra
tendido encima la campestre alfombra

Un crítico tan conceptuoso como ilustrado, el señor Adalberto A. Esteva, juzga de un modo harto halagüeño en las columnas de *El Mundo*, de Méjico, al señor Pagaza.

«Es un devoto admirador de Horacio—dice Esteva—y su fiel traductor. Hablando con él de los imitadores del inmortal poeta romano, movió la cabeza en ademán de suprema duda, ó más bien, en señal de la profunda convicción que alienta de que nadie volverá á escribir iguales monumentos para la eternidad: *Exegi monumentum aere perennius*».

Y sin embargo, Pagaza ha producido piezas literarias como los dos siguientes sonetos que entresaco de un ramillete que publica el referido periódico *El Mundo* y que pueden presentarse como modelos en su género:

AL VER EL MAR POR VEZ PRIMERA

Tu transparencia é inmensidad, tu acento
Dulce y terrible, aquesa tropelía
De tus olas plumizas, tu porfía,
No me sorprenden, ni tu blando aliento.

Ví en alas de mi ardiente pensamiento
Que de tu vítreo dorso el sol nacía
Temulante, y que dabas áurea vía
A Delia casta, de aire soñoliento.

Ví medio hundidas las ferradas naves
Y resbalar la góndola ligera
Del pescador sobre tus linfas graves;

Y al pelicano y garza venturera
Con las gaviotas y nevadas aves
Cernerse en el záfiro de tu esfera.

AL CITLALTEPETL

De madrugada á la feraz pradera
Saltir hollando el matinal rocío
Con ágil planta hasta llegar al río
Y allí tender el vuelo.... ¡quién pudiera!

No del mar cristalino la ribera,
No de Orizaba el amplio caserío,
No de Alvarado el cocotal sombrío
Buscara, ni su tímida barrera.

Del Citlaltépetl que en el mismo cielo
La frente encaja, rauda oprimida
Aquel eterno inmensurable hielo;

Y con mirada présaga y sombría
Los caros montes del nativo suelo
En el ancho horizonte buscaría.

¿No es cierto que mi entusiasmo es justificado y que el señor Pagaza es *todo un poeta*?

Su nombre irá unido, en la posteridad, al lado de los de Peza, Mirón, Nájera, Facio y demás brillante pléyade que constituyen el Areópago de la poesía mejicana.

ANTONIO DEL MONTE.

Jalapa. Octubre de 1898.



EL SEÑOR POLICHINELA



ACONTECIÓ una vez lo que jamás había acontecido, y de no ser así, nadie habría podido contarlos después.

Fué en tiempos en que se herraba á las pulgas, empleándose para ello noventa y nueve libras de hierro, lo que no les impedía dar con mucha ligereza saltitos que llegaban al cielo. En esa época nació Polichinela. Cuando Polichinela estuvo listo para venir al mundo, se oyó un extraño crujido en la pieza de madera en que el obrero había dibujado la figura de Polichinela; los mismo útiles habían venido á colocarse espontáneamente en manos del artifice. Todo iba correcto, bonito, brillante; pronto aquél presintió que un Polichinela extraordinario iba á ver la luz entre sus manos.

Pero el recién venido no quedó muy contento al mirarse; hizo una mueca horrible y gruñó:

—Pero qué horrorosamente chato!

—Imbécil! ¿no tienes dos caras, dos rostros y dos pares de ojos para ver el mundo? ¿No te basta eso?

—Pero no tengo pizca de corazón, ni siquiera lugar para alojar uno!

—Idiota! en lugar de corazón inútil y estorbo, tienes la cuerda que gobierna tus miembros! Eso es mucho más simple y más seguro!

—Yo me confirmaría perfectamente con la cuerda, si hubiese una persona que tirase de ella.

—¿Y no sabes, infeliz, que el corazón no es, en suma, sino una cuerda de la cual tiran los demás?

Polichinela abrió desmesuradamente los ojos, y exclamó con asombro:

—Y yo pensaba que los hombres hacían su voluntad!
—¿No tienes una máscara, además?
—Y para qué?
—Para ocultar lo que pienses.

II

Así se explica cómo adoptó la actitud más circunspecta, cuando se le suspendió de un clavo contra la pared, y pudo contemplar su mundo: soberbios corderos de madera y algodón; magníficos árboles verdes; el arca de Noé, en la cual la ardilla era del tamaño del perro y el puerco igual al camello; grandes ciudades y aldeas pintadas de los más vivos colores, con las ventanas cerradas para no desperdiciar el aire interior y evitar la irrupción del polvo; molinos que giraban y hacían «tic-tac» con su molinero que a cada rato sacaba la cabeza y la movía de adelante hacia atrás; alqueras con vacas que tenían grandes manchas brunas y verdaderos cuernos. Polichinela habría querido ver todo con sus dos caras y gozar doblemente de todas aquellas cosas tan bonitas, sobre todo, de una pastora preciosa, de madera, con sus zagalejos redondos, su cabeza redonda, redondo sombrero y ojos redondos. Pero estaba colgado al muro y no podía moverse.

Un día llegó un señor con una niña que se fijó en Polichinela y quiso poseerlo.

El artifice lo descolgó y la niña se puso a tirar violentamente de la cuerda. Polichinela vió estrechitas, hizo los movimientos más desordenados y las pñadas más extravagantes. Sin embargo, permaneció muy serio detrás de su máscara, como si se tratara de una cuestión de estado.

La niña no quería abandonarlo. Y así fué cómo Polichinela dejó su patria y partió para el gran mundo desconocido, muy solemne y lleno de curiosidad.

III

En casa de la niña encontró una numerosa compañía y esto lo contrarió un poco.

Hermosas damas vestidas de seda, con largas cabelleras; caballitos que galopaban solos, monos que tocaban música, bailarinas con sus tamboriles. Se sintió muy desolado en medio de todos aquellos seres soberbios, que lo acogían con un gesto desdeñoso.

Pero pronto se consoló. Decididamente, la niña lo prefería a las hermosas damas, a las cuales casi no miraba. No atendía sino a su querido Polichinela, le contaba largas historias, le hacía ejecutar todos los gestos; y cuando los hacía bien, lanzaba una carcajada argentina; sacudía sus bucles rubios y sus ojos brillaban de placer. El se esmeraba en complacerla; la cuerda temblaba de amor, como si fuese un verdadero corazón.

Pero una noche pasó algo extraordinario: vió una cara redonda y luminosa que lo miraba por la ventana.

En su antiguo mundo, al ponerse el sol, siempre habían cerrado los postigos de hierro con un estrépito espantoso. No podía, pues, figurarse que existiera una luna. Todo su cuerpo temblaba cuando la cara le sonreía amistosamente. Aquella cara marchaba a lo largo de la ventana como si quisiera entrar. Hasta le parecía que se aproximaba a él. Ah! qué bella, qué redonda, qué luminosa era! Pero de pronto, misericordia! pareció que se burlaba de él y que se volvía hacia otro lado. Polichinela tiró tan fuerte de la cinta con que estaba atado, para seguir la aparición, que cayó a tierra de rodillas,—pero en vano! el lindo rostro rió aún más y desapareció.

IV

Apenas olvidado el doloroso golpe, le aconteció un nuevo accidente no menos terrible. Como lo habían encontrado por tierra, lo recogieron y lo



D. JOSÉ BATLLE Y ORDOÑEZ
PRESIDENTE INTERINO DE LA R. O. DEL URUGUAY

colgaron al brazo de un candelabro. Al salir el sol, Polichinela vió sobre la pared lo que no había visto jamás: su propia sombra!

Al principio creyó que era alguien que quería mofarse de él. Pero como la sombra no se movía, Polichinela se puso a amenazarla con el brazo; el desconocido hizo lo mismo. Polichinela levantó la pierna para darle un puntapié; el puntapié se reprodujo enfrente. Saltó en el aire para precipitarse sobre lo que veía; la sombra lo imitó. Tenía otro él ante sus ojos, pero impalpable y sin cuerpo. Polichinela fué presa de un miedo terrible.

Como acontece a todos, tuvo miedo del misterioso desconocido. Todas sus cuerdas se debilitaron de repente, todos sus colores palidecieron, y cayó en un profundo desvanecimiento del que la niña no pudo sacarlo sino acariciándolo mucho, mucho.

Ya lo había abrazado tanto, que la coloreada belleza de Polichinela había sufrido, pero él permanecía indiferente a su desfiguración, desde que el bello rostro luminoso se había alejado riéndose.

V

Días después experimentó nueva emoción. Pero en esta vez la sacudida fué tan violenta, que todas sus cuerdas, muy fatigadas ya, se debilitaron a tal extremo que no pudieron activar más los miembros.

Ello pasó de la manera siguiente: a la niña le había venido un hermano, y, naturalmente, notó que a ella también le hacía falta un bebé envuelto en pañales, para hacer como su mamá.

Y realmente, encontró un bebé de madera en una cuna pintada de rojo y azul.

—Polichinela! gritó la niña; mira, Polichinela, nosotros también tenemos un niño.

Después del gran dolor y del gran susto que había experimentado el pobre Polichinela, se encontraba tan débil que ni aún tenía fuerzas para soportar la alegría. Palpó al niño en la cuna y juró protegerle.

Pero cuando la niña quiso que diese grandes saltos de alegría, la cuerda se rompió y le

quedó en la mano, y el pobre Polichinela permaneció inmóvil, indiferente, como muerto, así como un pedazo de pino.

Cuán amargamente lloró la niña!

—Pero, mi Polichinela adorado! si yo quería hacerte cariños!

Ah! es que aún para sentir alegría es necesario tener fuerza, y la fuerza se había ido!

Se contentó a la niña diciéndola que el papá de Polichinela era un gran médico y que curaría pronto a su hijito enfermo.

VI

Así, como hombre de experiencia que ha visto el mundo, Polichinela volvió a su patria. Pero allí nadie le reconoció, ni aun el mismo artifice.

Tan cambiado estaba! Desde lo alto de su grandeza, sus dos caras veían los carneros, lo pastores, las aldeas, todo su diminuto mundo de antes!

No encontraba nada a su gusto, porque se acordaba de las bellas damas, de los verdaderos caballitos y de los corderos que hacían «bée! bée!» cuando se les tocaba la cabeza. ¡Qué pobre le parecía todo después del gran mundo que acababa de abandonar!

Se le recompuso, se le lavó, se le repintó, se le armó de cuerdas nuevas, porque la niña no quería otro Polichinela y cada día se interesaba más por él.

Por fin se curó y se le puso en el mismo estado brillante y galano de antes; y ya él pensaba dar la espalda con cierto orgullo a su antigua patria, cuando se le asestó inopinadamente un nuevo golpe, más fuerte que cuantos hasta entonces había recibido.

Fuó una inmensa humillación. Suspendida a la pared, allí cerca, vió de pronto una muñeca articulada, que podía moverse mucho mejor que él; podía sentarse, abrazar, comer sola y dar pasos.

Polichinela sintió algo extraño: estaba herido de muerte, sin saber en dónde ni cómo.

En aquel momento el obrero no advirtió la desdicha de Polichinela y lo despidió como restablecido.

VII

—Vamos, Polichinela! alegrémonos! gritaba la niña en su entusiasmo. Salta! baila conmigo! ya estamos juntos!

Y lo bailaba en la alcoba, tirando de la cuerda con viveza, porque notaba que Polichinela no correspondía bastante a su entusiasmo; aún le pareció que permanecía demasiado grave detrás de su máscara. A una nueva sacudida, la cuerda se rompió y el brazo derecho cayó inerte.

Ante aquella desgracia, la niña se detuvo aborta, hizo un gesto de desaliento y arrojó bruscamente a su amigo contra la puerta, imaginándose que ya no la amaba.

Sin embargo, Polichinela se había esforzado dolorosamente por ocultar su tristeza, saltando con tanta alegría como antes, a fin de no contrariar a su rñbia amiguita.

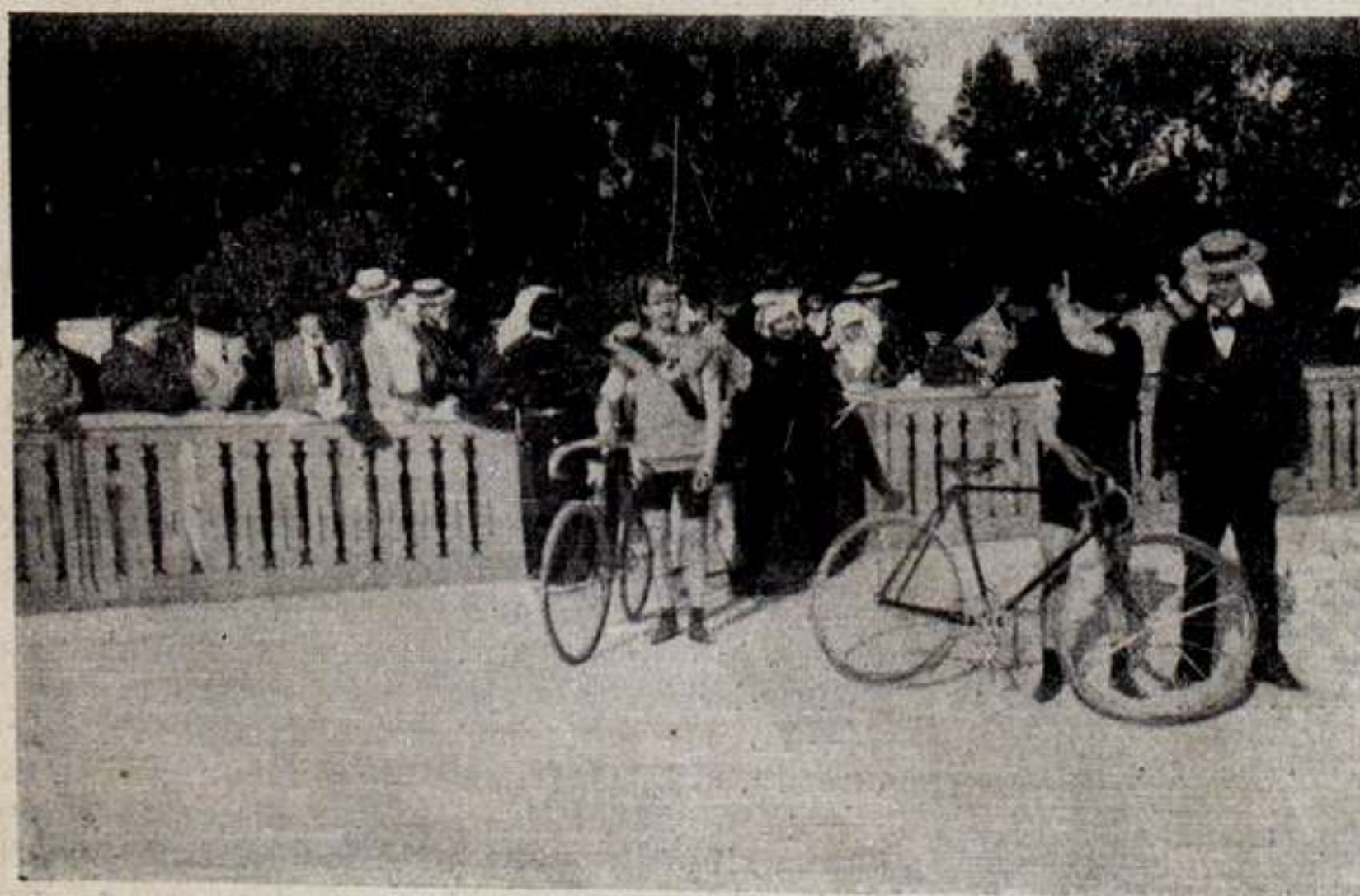
No quedándole ya más esperanza, permaneció tñedido sobre la escalera, abandonado; herido, rotas las cuerdas, pues ya su pequeña favorita lo había rechazado. No quería vivir más, pues nada había visto en la vida más insuficiente que su propia persona; desde luego que ya existían muñecas articuladas, más perfectas que él. Y abrumado de tristeza, acabó por dormirse.

VIII

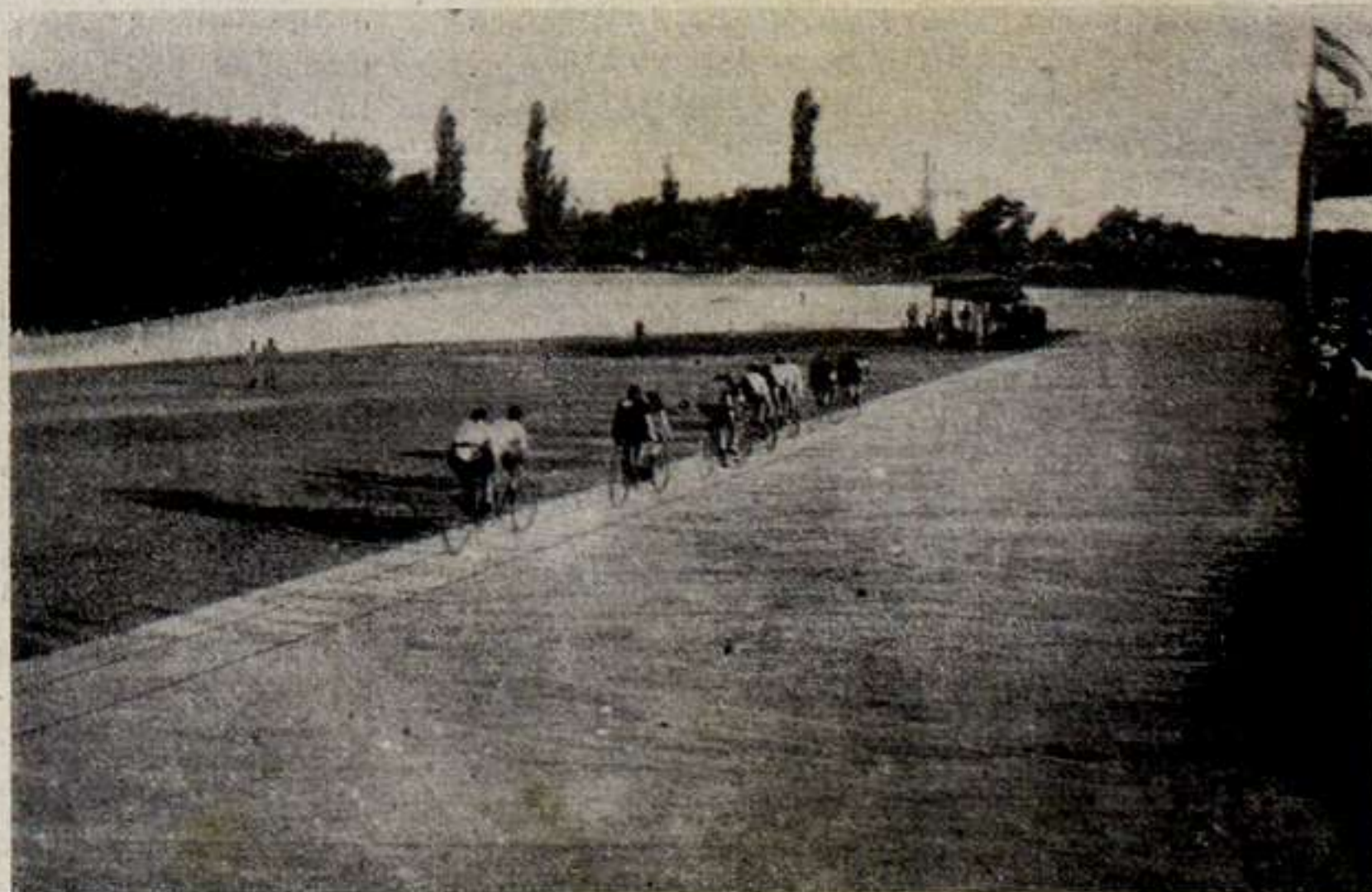
Tuvo un hermoso ensueño. Volvió a verse en el paraíso de su infancia, con sus corderos, sus árboles, su arca de Noé y su molino. Estaba muy lejos la faz de la luna, las damas vestidas de seda, los verdaderos corderos que hacían «bée!», la sombra amenazadora y la inquietante muñeca articulada; aún el dolor que le había ocasionado la ni-

BUENOS AIRES — VELÓDROMO DE PALERMO

(Instantáneas de Ghillini)



EN LA PISTA



LA CARRERA

ñita, todo fué olvidado. Rehacía el sueño feliz de su infancia, y ese sueño le pareció más cierto que la realidad, más bello que toda su vida tan atormentada.

Y se creyó un Polichinela muy feliz y ni sintió que la chica al descender saltando la escalera, con una muñeca articulada en la mano, lo pisara sin querer, sin verlo siquiera! Pero como había sido un honrado Polichinela, y cumplido valerosamente su deber, le fué descontentada la nueva amargura.

IX

Volvió la niña y encontró a Polichinela aplastado, y como ignoraba que fuese por su causa aquella desgracia, rompió a llorar, acusó a todos y volvió a amarlo como el primer día. Quería a toda fuerza curarlo, y lo llevó al más muelle lecho de plumas de sus bellas damas de seda, diciendo que debía curarlo, pues nadie en el mundo la había hecho tan dichosa como su querido Polichinela.

¡Ah! pero él yacía inerte! nada podía volverle a la vida, ni las lágrimas, ni los deseos, ni las alabanzas; nada podía regocijarlo, porque había muerto y ya no oía. Por primera vez no podía consolar a su amita como antes; no podía contestarle nada. ¡Aquello era muy triste!

X

Entonces, Polichinela se sintió de súbito muy bien. Por la noche, cuando todo dormía, entró la luna: veía algo de lado, un poco triste, y se oyeron dulces voces, como si todas las cajas de música de su diminuto paraíso se pudiesen a tocar una música muy tierna; y los arbolillos de madera murmuraban, los molinos hacían tic-tac, los corderillos insignificantes sabían decir *béel*, los pastores bailaban con las más bellas muñecas articuladas.

Y desde el cielo de los muñecos, el más venerable Polichinela que haya existido jamás, le tendía sus manos azules y lo atraía hacia sí.

Un fulgor lo rodeó, y, transfigurado, Polichinela dejó en la tierra su máscara y sus cuerdas, y voló alado, allí donde no hay pesares, ni sustos, ni temores, ni ingratitud, ni humillaciones; y en donde también hay un puesto para el más humilde Polichinela, a menudo superior a las damas de seda, quienes solamente han sido bellas y no se han dado, para distraer a los niños, tanta pena como el Polichinela desconocido!

CARMEN SYLVA.



LA NOVELA ITALIANA Y D'ANNUNZIO

Virginia M. Crawford, una escritora inglesa de tanto talento como exquisito gusto literario, consagra un interesante artículo al gran novelista italiano D'Annunzio, que comparte hoy con Tolstói y Zola la atención del mundo culto, suscitando doquiera, como aquéllos, entusiasmas admiradores é imitadores, y apasionados censores y enemigos. En el trabajo crítico de la eximia escritora, se reconocen los altos méritos de D'Annunzio, poniéndose de relieve los defectos capitales de sus obras.

El motivo de amor — dice la señora Crawford — predomina en la vida en Italia, hasta un grado que los sobrios temperamentos del Norte no pueden alcanzar sin dificultad. El amor es para el italiano el fin y objeto de todas sus aspiraciones. No ya a una pasión de toda la vida, sino al más trivial capricho del momento, el italiano le concede el poder de absorber sus facultades, de alterar sus compromisos y negocios, y de llenar su mente hasta excluir toda otra preocupación. Y si esto es verdad respecto de los hombres, que al fin están obligados a llevar cierta vida de actividad mental y física, lo es mucho más respecto de la mujer italiana, a la cual son, en general, desconocidos los placeres intelectuales, y en la que el temperamento emocional se desarrolla sin freno. En la novela italiana contemporánea, el motivo de amor predomina como en la vida. Las novelas italianas son esencialmente voluptuosas. Han pasado muchos años desde que Manzoni escribió su linda y deliciosa novela histórica *Los novios*, sin que haya fundado ninguna escuela, y continúa ocupando un puesto aislado en la historia de la literatura italiana. Ni la novela religiosa, ni la histórica, ten-



MR. FÉLIX FAURE
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA
† el 16 del actual

drian hoy en Italia éxito alguno, y en cuanto a la novela de aventuras, pura y simple, ni siquiera existe.

D'Annunzio es un producto esencial de la Italia moderna, siendo probablemente en este siglo el más maravilloso intérprete de las emociones sensuales. Despiadado como un cirujano, con la delicada percepción de un artista, con un poder de análisis absolutamente sin rival, pone al desnudo, a través de largas páginas fluidas y rimicas, los más ocultos secretos del corazón. Es un artista consumado, un forjador y manipulador maravilloso de la lengua italiana; pero con todo su poder, con todo su genio, sólo puede mirar la vida a través de las emociones del sexo. De aquí que su obra sea singularmente unilateral. Una sola novela de D'Annunzio, llena al lector de suave voluptuosidad; una serie de sus trabajos, produce inevitable reacción, despertando en no pocos lectores un sentimiento de verdadera saciedad.

El carácter de D'Annunzio es esencialmente pagano. Para él la belleza es el más alto de los bienes, y la felicidad la más alta de las metas. La moral cristiana, en lo que hace al amor, no existe para él. Sus libros están llenos de las más exquisitas páginas descriptivas; pero todo lo ve por su lado sensual. No ama la naturaleza por sí misma, como la amaba Wordsworth; para él, la primavera que florece, el grito de la golondrina en su rauda

vuelo, el silencio del calor del mediodía, todo susurra pasiones humanas y alegría humana.

Se ha dicho que D'Annunzio es el centro de un nuevo Renacimiento, el heraldado de una nueva aurora, el fundador de una nueva escuela en la historia de la literatura italiana. No hay tal cosa. Es la flor más brillante de la decadencia, una hermosa creación emponzoñada, el producto, a semejanza de su héroes, de una gran nación venida a menos. Sus escritos destruyen, no edifican; nunca podrán inspirar una gran causa ni estimular altos ideales del espíritu.



ADROGUE

Ya es sabido que Adrogué constituye una de las residencias de verano, preferidas por nuestra buena sociedad.

A ello contribuyen su deliciosa y saludable situación, su aspecto pintoresco y frondosísimo y la facilidad de comunicaciones con la capital, de la que tan sólo la separan 30 minutos de tren.

Los corpulentos y numerosos *eucalip-tus* que sombrean la mayoría de sus calles, y el sinnúmero de quintas que en el fondo de amenísimos jardines se vislumbran, dan a este pueblo extraño aspecto, más semejante a un gran parque atravesado por amplias avenidas y cubierto de exuberante vegetación.

Esta misma circunstancia hace, sin embargo, que, salvo en las horas de paseo, la población resulte triste; porque reconcentrada la vida en el interior de cada finca, apenas si llegan al exterior rumores que denoten que no se trata de un pueblo abandonado ó desierto.

Pero, aun esto mismo, constituye un encanto para muchos.

El hotel de *La Delicia* es el centro principal de la animación y punto de cita de la sociedad adroguense. En su espléndido parque reúnen a diario buen número de familias que hacen allí sus tertulias bajo los árboles, mientras los elementos juveniles llenan el espacio con sus alegres voces y con sus risas, al tiempo de cruzar de un lado para otro, ya corriendo a pie, ya en bicicleta, alegrándolo todo con sus juegos bulliciosos.

Entre las familias que veranean aquí, se encuentran: En fincas particulares, las de Canevaro, Rodríguez Larreta, Ramos Otero, Astoul, Agoudine, Bustos, Arana (Enrique), Acuña, Arcadini, Pintos, Calzada, Carrega, Ochoa, Condomi, Sánchez, Buschiazio, Fredenhagen, Bunge, Echaveburen, Pérez, Argüello, Marmol, Herrera, Miles, Castaing, Videla, Meana, Acebal, López, Bohigas, Baibiene, Meléndez, Tello, Pando, Ader, Menéndez, Moreno, Scotti, etc.

En el hotel de *La Delicia* están las de Ferrari, Lavallo, Cazabán, Mascias, Tronconi, Gorehs, Carbalho Acuña, Pérez, Agote, Zárraga, Bunge, Carbalho, Caseaux, Paz, Gainza, Seguin, García, Cigogna, de la Rosa, Uriburu, Costa, Puppo, Belagamba, Merrill, Oswald, Sandá; señores Vicente Tobía, Máximo Peralta, Eduardo Salgado, Ricardo Trotman, Rodríguez Sarachaga, Julián Valbin, Beck, Harrijés, Smithers, Henderson; señora Angélica Ramos de Balcarce, etc., etc.

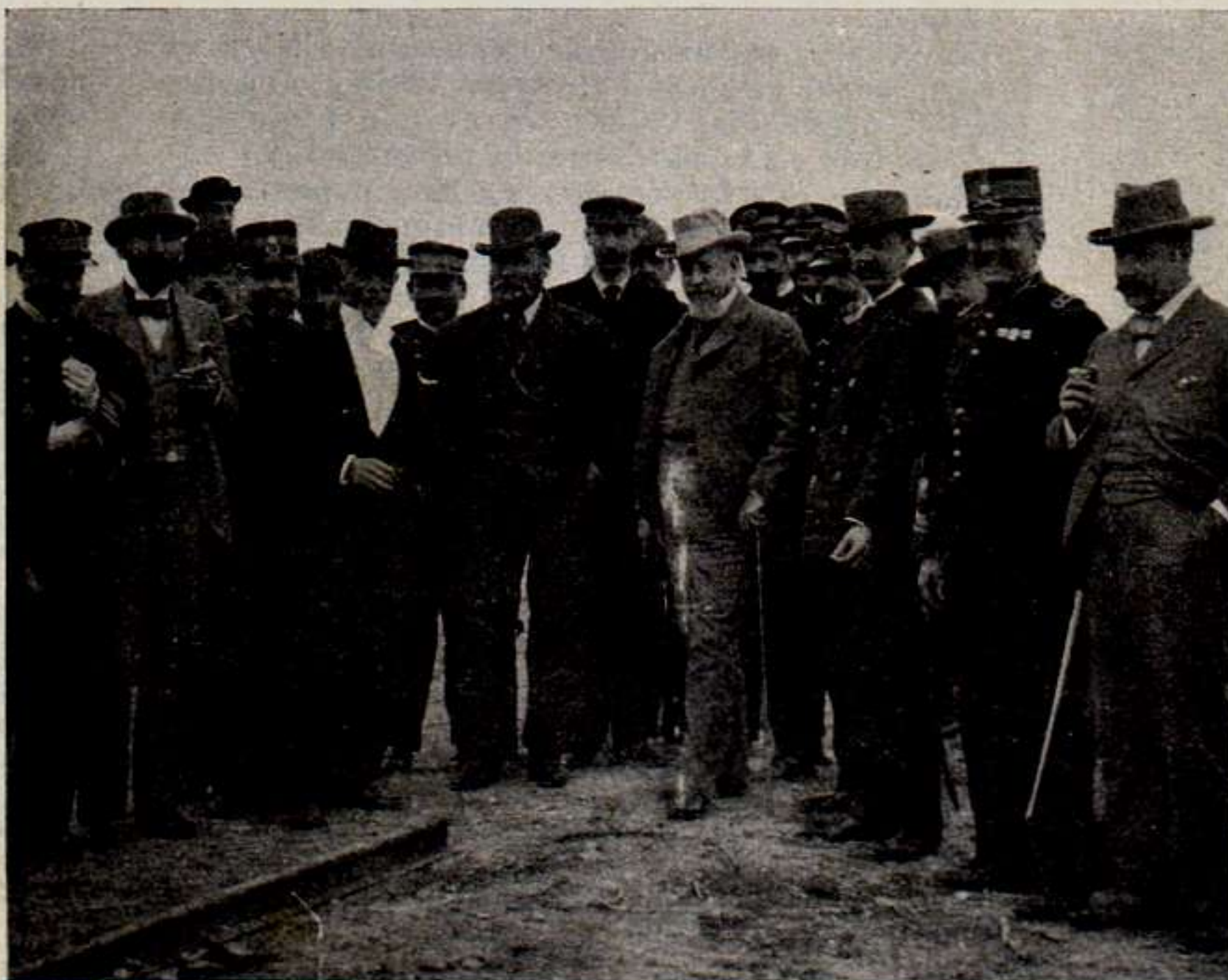
En el de las *Violetas* se hallan instaladas la señora Constanza Bunge, la familia de Escrina, el doctor Malagarriga y familia, los señores de Antola, de Rodríguez, Costa, Labori, Giudice, etc.

Los jueves y domingos son los días señalados especialmente por la empresa del Hotel *La Delicia* para sus *dinner-concerts*, que se ven concurridísimos. En el kiosco levantado *ad hoc*, una orquesta hace oír preciosas piezas musicales; y en derredor entre los árboles y alumbradas por la luz eléctrica, se desparraman multitud de mesas, cubiertas de ricos manjares, vistosas flores y sabrosas frutas.

Nada puede haber más agradable que estas veladas, en las que no es el menor atractivo, el lindo grupo de hermosas damas y encantadoras niñas cuya vista nos hace creernos transportados a aquel otro *jardín de delicias* con que Mahoma promete recompensar en la otra vida a los fieles creyentes de Allah.

Por mi parte, no creo pecar de irrespetuoso si digo que al Paraíso de Allah prefiero el de *Acah*, sobre todo en noches como la del domingo último.

Esa noche abriéronse los salones del Hotel, profusamente iluminados y adornados con plantas y flores, para recibir a lo mejor de la sociedad porteña que habiase dado cita para acudir al baile de máscaras anunciado.



EL GENERAL ROCA EN GAIMAN (CHUBUT)

La comisión organizadora de las fiestas, compuesta por los señores Mariano Demaria, Martín Bustos, Rafael Igarzábal, Enrique Arana, Eduardo Deagustini, Pablo Pérez Gomar, Lucio Meléndez, Máximo P. Bavio, Cesáreo Amenedo, Ismael Piñero, Enrique Carmona, Eduardo Astoul, José Sánchez, Adolfo Deagustini Alsina, Fortunato Muñoz Posse, Raúl Baibiene, Lisardo Molina Carranza, Rafael A. Bullrich, Mario Canevaro y A. Deagustini Díaz, no ha omitido sacrificio alguno para dar el mayor brillo posible, tanto a ese baile, que resultó espléndido, como a otro que se verificará el domingo próximo y que promete estar tan concurrido como el primero.

Entre las señoritas que resaltaban con su belleza en el lindo cuadro de luces y flores que inundaban el hermoso local, mencionaré a Concepción Gallegos, Isabel Peltzer, Elcira Meana, María Esther Echaverguren, Pilar y Camino García Velloso, Anita Sánchez, Elena y Celina Bustos, Ana, Teresa y María Baibiene, Edelmira Molina, Bernardina Rom, Dorotea Carmen Aynes, Sara, Matilde y Raquel Buschiazzi, Enriqueta y Amalia Quintana, Herminia Artola, Sara y Angélica Meléndez, María y Sara Blanco, Delia Canevaro, Celina Degregory, Magdalena y María Ernesta Ricárdez, Encarnación, María Isabel y Rosa Pardo, Raquel, Mercedes y María Delia Cabral, Celia Echeverry, Isabel y María Marengo, Angela Menéndez, Sixta Justo, Matilde Astoul, María, Edelmira y Laurentina Segovia, Etelvina Villafañe, Amalia, Mariana, Sara, Erminia y María Rúa, Angela y Gabriela Zavaleta, Urbana Morgan, Esther, Sara y Felisa Onrubia, Celina, Avelina y Delia Walker, Josefina Gallardo, María y Ernestina Wernicke, Leonor é Irene Velázquez, Clotilde Villafañe, Clotilde y Raquel Rauth, Paulina, Adela y Susana Vidal, Leocadia y Aurora Cabral, Elvira Sáenz, señoritas de Fernández, Balcarce, Bonorino, Solanas, Mujica, Saverio, Cigorraga, Villafañe, Porcel, Coll, Meuri, Frers, Servilt, Arce, Casal, Damianowich, etc., etc.

El corso también se ha visto muy concurrido las noches pasadas, reinando el mayor orden junto con la más franca alegría.

HENRY.

Adrogué, Febrero 16 de 1899.



EL NEGOCIO..... ES EL NEGOCIO

El comerciante, no hay que dudarlo, nace, no se hace. Dadme un hombre que no haya nacido para el comercio, con un capital de dos millones, y a los seis meses pedirá limosna. En cambio, dadme uno de legítima cepa de comerciante con peso y medio en el bolsillo, y en igual medida de tiempo será propietario. El capital es lo de menos: el *genio*, como me decía no ha mucho un empuñista, lo es todo.

Hace años viajaba yo con mucha frecuencia por la línea de Villanueva. Allí, cerca de Güines y próximo a una de las estaciones, conocí un sujeto que vendía a los pasajeros un café imposible, a real la taza. Su establecimiento se reducía a cuatro tablas formando rudimentario colgadizo, una mesita de tijera sobre la cual alineaba la ordinariísima vajilla, y una banqueta del mismo coschero que el colgadizo, en la cual, el que lo deseaba tomaba asiento, por más que la parada del tren era sobrado corta: tan corta que algunos aún no habían tenido tiempo de analizar el primer buche del sospechoso brevaje, cuando abandonaban la taza casi llena para volver al carro. Esto nada importaba al industrial, ó mejor dicho, debía importarle algo, porque allí se pagaba por adelantado.

Al mes escaso de haber brotado en la línea aquel tenducho, tuve ocasión de observar su progreso. Las tablas del colgadizo habían sido cubiertas de zinc. El cafetero se guarecía contra la intemperie. Quince días más tarde, el casucho tenía paredes de tabla: a los dos meses sustituyó un mostrador a la mesa y las tazas aumentaron en número, aunque no mejoraron en clase. Por último, de transformación en transformación y de mejora en mejora, a los dos años escasos de haber surgido en aquel descampado, el café al aire libre se había convertido en una capaz tienda mixta, donde no sólo se tomaba café sino toda clase de efectos en empeño, a la buena fe de ambas partes contratantes, es decir, sin papeletas.

La guerra, como una plaga de langosta, pasó a través de la campaña cubana y nadie puede presumir ya de conocer aquello que le fué tan familiar y conocido. Curioso de saber qué había sido de aquel inspirado industrial a quien vi nacer a la vida de los negocios en un tenducho miserable, en una madriguera y a los veinte meses convertirse en mayor contribuyente del término, pregunté el otro día a un antiguo amigo recién llegado de aquellos andurriales:

—¿Y el dueño de la Yagruma? ¿Tasajea aún a tus vecinos?

—No, por cierto. Hace cosa de un año acabó

sus días cerca del punto en que hizo su fortuna. Lo colgaron de un poste del telégrafo....

—¡Vaya un hombre para el negocio!....

—No lo sabes tú bien....

—¿Cómo no?.... Si lo he conocido antes que tú....

—Será así; pero ¿a qué no conoces la historia del revólver?

—No la conozco.

—Pues verás.... Una de sus víctimas, uno de los que dejaron en las uñas de aquel Iscariote cuanto poseía, resolvió matarse. Al efecto y careciendo de arma, fué a ver al dueño de la tienda y le dijo:—Chico; la verdad, he pensado pegarme un tiro, porque sin una peseta la vida es para mí una carga. Deseo que me vendas barato un revólver, aunque no sea un primor; pero en fin.... que dispare....

—Yo tengo lo que usted necesita. Aquí tiene usted este *bulldog*.... cuatro pesos.... es regalado.

El comprador examinó el arma, pidió cápsulas para ella, la probó en el patio de la tienda y al parecer, satisfecho, abonó los cuatro pesos y se despidió de nuestro comerciante....

—Vaya.... hasta la vista....

Ya estaba para montar en su caballo, cuando el tendero salió muy apurado a alcanzarlo.

—Oiga, don Rufino.... usted está determinado a matarse, ¿verdad?

—Claro.... no iba a comprarme en cuatro pesos un revólver para tener el gusto de que me lo quiten antes de llegar a la finca....

—Pues, bien: ¿por qué no se mata usted allí en el colgadizo, según se va a mano izquierda?... es un sitio excelente para el caso y... así no se perdería el revólver....

ALVARO DE LA IGLESIA.

Habana, Diciembre de 1898.



MISTERIO

El hombre pensador, el hombre-ciencia ora afanoso, ya meditabundo, esparce por los ámbitos del mundo los rayos de su gran inteligencia.

El arte, el periodismo, la elocuencia, al pueblo arrancan del error profundo, la religión al asesino inmundo, le redime ante Dios y su conciencia.

Sólo un misterio a penetrar no alcanza, la ciencia al arte y al estudio unida, hasta allí ha progresado; allí no avanza;

y detiene su paso entristecida; pues no puede leer en lontananza el misterio insondable de la vida.

P. PICHARDO Y ARREDONDO.

Habana, Diciembre de 1898.



GRANDEZA É INFELICIDAD

Así se titula un hermoso trabajo publicado por Vacaro en la *Revista Moderna de Cultura*, con el propósito de mostrar la sinrazón del pesimismo, al estimar unida a la grandeza humana la desventura y la desgracia.

En uno de los diálogos de Leopardi, la Naturaleza, al echar al mundo un Alma, le dice: «Vé, hijita mía predilecta, vive y sé grande é infeliz.» Sorprendida el Alma, pregunta: «¿Qué mal he cometido para que me condenes a esta pena?» «No se trata de pena—responde la naturaleza— todos los hombres nacen y viven infelices, y como tú has de dar vida a una persona humana, tienes que compartir la desventura común a los hombres.» «Pero, dime: ¿son la misma cosa, excelencia é infelicidad? Y si son dos cosas, ¿no pueden separarse?» «En el alma de los hombres puede decirse que la excelencia y la infelicidad extraordinarias son la misma cosa, porque la mayor vida de las almas implica mayor eficacia del amor propio, lo cual implica mayor deseo de felicidad, y por lo tanto, mayor descontento por estar privada de ella y mayor dolor por las adversidades que sobrevienen. Todo esto está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, que yo no puedo variar. Por otra parte, la finura de tu propia inteligencia y la vivacidad de la imaginación, te arrebatarán grandísima porción del dominio de ti misma. Los brutos emplean eficazmente, en los fines que se proponen, toda sus facultades y fuerzas, pero los hombres rarísima vez usan todo su poder, impedidos ordinariamente por la razón y la imaginación, que crean mil dudas en el deliberar y mil intentos en la ejecución; los menos aptos ó

menos gastados en ponderar y meditar son los más prontos en resolverse y los más eficaces en el obrar. Estas y otras dificultades y miserias ocupan y rodean las almas grandes. Pero están ampliamente recompensadas por la fama, las alabanzas y los honores que otorga a estos egregios espíritus su grandeza». «Pero estas alabanzas y estos honores que tú dices, ¿los tendré yo del cielo, de ti ó de quién?»—«De los hombres.»—«Pero yo creía que no sabiendo hacer lo más necesario al comercio de los hombres, debería ser vilipendiada y no alabada.»

La Naturaleza no acertando a disimular la gravedad de esta objeción, dice: «No me es dado a mí prever lo futuro; pero los más verosímil es que serás perseguida por la envidia, que es otra calamidad con que suelen encontrarse las almas excelsas, aparte de que la misma fortuna suele ser enemiga de tus semejantes. Pero en seguida después de tu muerte, como ocurrió a un llamado Camoens, ó al cabo de algunos años, como sucedió a otro llamado Milton, serás celebrada y elevada hasta el cielo, no diré por todos, sino por los pocos hombres de buen juicio.»—«Madre mía,—dice entonces el Alma,—según tus palabras, la excelencia de que me has dotado podrá ser de necesidad ó de provecho para obtener la gloria, pero no conduce a la felicidad, sino a la desventura. Ni aún a la misma gloria es creíble que me conduzca antes de la muerte, sobrevenida la cual ¿qué utilidad ó qué placer me podrá venir de los mayores bienes del mundo? De modo que de tus propias palabras deduzco que tú, en lugar de amarme singularmente, me quieres mal porque no has dudado en hacerme un regalo tan calamitoso como esa excelencia que tanto me alabas!»

La Naturaleza, ante semejante reconvencción, se excusa diciendo que no tiene ninguna culpa de que las almas de los hombres estén asignadas como presa a la infelicidad, y que en la universal miseria de la condición humana la gloria es juzgada por la mayor parte de los hombres como el mayor bien concedido a los mortales! Apesadumbrada de esto, el Alma pregunta si hay entre los animales alguno que tenga menos vitalidad y sentimiento que los hombres, y oída la respuesta afirmativa, el alma concluye pidiendo a la Naturaleza que se digne alojarla en el viviente más humilde é imperfecto, ó por lo menos despojarla de las funestas dotes que la ennoblecen, haciéndola igual al más estúpido espíritu que exista y abreviándole la vida todo lo posible.

Cree Vacaro muy probable que al componer este diálogo, Leopardi tuviera a la vista lo que sobre la gloria había escrito Fóscolo, que sacrificó su vida entera por conseguirla. La conclusión de los agudos razonamiento de uno y otro, sería esta: «La grandeza de espíritu ó de ánimo implica necesariamente mayor infelicidad.» ¿Es esto cierto? La vida en sí misma, responde Leopardi, es infelicidad, de donde el no vivir es siempre mejor que vivir. Ahora bien: cuanto más intensa es la vida, tanto mayor es la infelicidad, y puesto que la excelencia del alma implica mayor intención de vida, implica también mayor infelicidad. Todo esto, según Leopardi, está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, y se extiende no sólo al hombre, sino a todos los vivientes, como se ve en el *Decálogo de un físico y metafísico*.

La vida es lo que es, y sacar de aquí, que sería mejor que no fuese ó que fuese de otro modo, no tiene sentido común. La vida, en sí misma, no es un bien ni es un mal, ni implica necesariamente felicidad ni desventura. En los seres inferiores que carecen de órganos de los sentidos ó los tienen rudimentarios, la vida transcurre lánguida, sin placeres ni dolores apreciables; para tales seres no existe la felicidad ni la infelicidad. A medida que se asciende en la escala zoológica, los órganos de los sentidos se especifican y coordinan, y la vida, que se hace más intensa y consciente, se revela en una continua alternativa de placeres y dolores; pero no está dicho que éstos superen a aquéllos ó viceversa y, por consiguiente, pesimismo y optimismo son igualmente injustificados.

Lo único que puede afirmarse con certeza, es que cuanto mejor adaptado está un ser viviente a las fuerzas externas que le circundan, tanto más disminuye la suma de sus dolores, en relación con sus placeres, y viceversa; y si se considera que los órganos de los sentidos y la inteligencia son medios que sirven para adaptar los seres con el mundo externo, debe concluirse que la suma de los dolores en relación con placeres, no crece con el crecer de la intensidad de la vida, como afirma Leopardi, sino que decrece.

El hombre es el más inteligente de todos los animales; no sólo conoce sus estados presentes, sino que recuerda los pasados, y con su facultad de abstracción puede siempre imaginar cosas mucho mejores que las que posee, y desearlas sin poder obtenerlas. He aquí el fundamento del pesimismo de Leopardi: «El hombre desea su felicidad, y no pudiendo alcanzarla, es infeliz.» ¿Por qué no puede ser satisfecho este deseo de felicidad? Porque es inextinguible, pudiendo siempre aspirarse a lo mejor, que es lo infinito. Pero de esto no se deduce que el hombre haya de ser necesariamente infeliz.

En lo que no deja Leopardi de tener razón, es en su afirmación de que la mayor elevación de la

inteligencia constituye una desventaja y una causa de desventura. ¿Por qué? Por la ley de adaptación. ¿Para qué sirve a un ilota espartano ó a un paria de la India tener gran inteligencia? ¿Para qué sirve esa gran inteligencia á quien tiene la desgracia en nuestros días, de nacer en condición miserable? Para hacerle comprender toda su miseria y convertirle en un rebelde, en un criminal.

Prescindiendo de las riquezas y distinciones sociales, es indudable que el hombre dotado de talento y ánimo muy superior al promedio, corre gravísimo peligro de vivir infeliz; donde quiera que vuelva los ojos, ve mejor y más lejos que sus contemporáneos, y es, por lo mismo, perseguido ó ridiculizado; sólo la *durea mediocritas*, los llamados hábiles, triunfan y prosperan en la sociedad humana, obteniendo fama, honores y riquezas. El mayor número de éstos, abusando de la buena fe, de la ignorancia y de la sencillez de las masas, con la intriga, la mentira y los artificios más desvergonzados, obtienen inmerecida fama, mientras otros que valen mucho más, pero que desdennan descender á tales bajezas, viven y mueren oscuros.

Por otra parte, ¿no es la gloria una irrisión? ¿A qué se reduce en definitiva? A una piedra que distinga los huesos de los infinitos huesos que en la tierra y el mar siembra la muerte. ¡Flaca compensación!... No, no es por obtener una lápida, una estatua ó un monumento, por lo que los verdaderamente grandes afrontan persecuciones, dolores y miserias sin fin; ellos, las más veces, descubren el calvario que les espera; ven el sendero que han de recorrer lleno de espinas, pero espoleados por su genio, avanzan serenos é impertérritos, señalando con su sangre su camino, y á la turba vulgar de sus contemporáneos que les befan y les insultan, la perdonan repitiendo las sublimes palabras del Crucificado: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

En suma: la vida hay que tomarla como es. La verdadera sabiduría consiste en conocer las leyes que presiden á la vida misma, y adaptarse á ellas. Esto, y no otra cosa, puede formar lo que llamamos aquí felicidad. Quien se figura que la felicidad es un estado de perfecto reposo, confunde la muerte con la vida; quien supone que la vida puede existir sin dolor, ignora que el dolor tiene la misma raíz que el placer, y que ambos concurren al mantenimiento de la vida misma. Todo lo que podemos conseguir por los progresos de las ciencias naturales y sociales, y por la técnica, es reducir hasta cierto punto la suma de los dolores, y aumentar la de los placeres. La recriminaciones son inútiles. Contentémonos y ¡a trabajar!

T. A.



EL ESCAPULARIO DE UNA MODISTA

I

Una joven modista había dejado su pequeña villa natal para ir á establecerse en París.

Su madre, de la que ella era la hija única y quien había quedado viuda desde hacia varios años, salió en su compañía, para ser el ángel tutelar de su inocencia en la gran metrópoli de Francia.

Poseyendo ya algunos recursos y contando con el porvenir, esas dos mujeres pusieron casa y empezaron á vivir asaz desahogadamente.

La doncella, ya muy hábil en su arte, viendo que se le aumentaban de día en día las parroquianas, tuvo muy pronto que emplear á otras mujeres para dar abasto á los encargos ó pedidos.

Todo iba viento en popa y en el pequeño hogar se disfrutaba la mayor felicidad.

Por varios años no hubo ningún cambio.

Mas llegó el día en que la madre fué atacada de una enfermedad incurable. ¡Ay! los médicos declararon un tumor canceroso.

La joven modista, que amaba á su madre con extrema ternura, dejó su trabajo y se consagró enteramente al cuidado de la enferma.

La acompañaba de día y por ella se desvelaba de noche.

Trancurrieron muchos meses; mas el mal en lugar de ceder iba empeorando. A los dos años la buena mujer devolvió su alma á Dios, purificada por los padecimientos que había sobrellevado con la resignación de una santa.

La pobre hija, dejada sola en la tierra, no podía consolarse de la muerte de la autora de sus días. Agotada por el cansancio y los desvelos, y teniendo el corazón despedazado, cayó en una enfermedad de languidez que la consumía con lentitud y debía ser fatal para ella.

Para colmo de desdicha, se habían acabado todos sus recursos; y el trabajo al cual, por lo demás, ya no podía entregarse, vino á faltarle por completo. Entonces las horas y los días se le volvieron cada vez más tristes: la miseria más extrema empezó á hacerse sentir en su hogar, y ella, dotada de una altivez de carácter poco común,

no podía resolverse á mendigar. ¿Qué hacer, pues, en tan apurado trance?

Una noche la desdichada no aguantó más.

Acosada por el espíritu de las tinieblas, se deja llevar de sus pensamientos sombríos, y se entrega á todo lo que la desesperación tiene de más horrible.

Su alma se decide, en fin, á acabar con la vida.

Por tanto, llena de carbón un brasero, y al dar la media noche, cierra herméticamente su aposento, enciende el combustible y se echa sobre la cama.

Hacia las cinco de la mañana, no sabemos de qué día en el mes de Julio, una de sus antiguas amigas, que había llegado providencialmente á París la tarde anterior, va con toda prisa á visitarla. Sube presurosa la escalera, da con el cuarto de la joven modista y llama á la puerta. ¡Ninguna contestación! ¡Vuelve á llamar con más fuerza, y siempre el mismo silencio! Llena de impaciencia lo mismo que de estupor, pues le han asegurado que su amiga está en el aposento, mira por el agujero de la cerradura y se encuentra con que la puerta está cerrada por dentro. Un pensamiento horrible cruza por su mente: grita á las personas que viven en el mismo piso: se rompe la puerta, y ¡oh vista espeluznante! ¡hay un cadáver sobre la cama!

En ese mismo momento entraba en dicha casa el famoso doctor Recamier llamado á la cabecera de un enfermo.

Se le suplica que pase al cuarto mortuario.

El acude sin tardanza y agarra el brazo de la joven modista. ¡Estaba frío y ya casi yerto!

El doctor aplica su oído al corazón de la doncella, y no percibe ningún latido.

—¡Ay! exclama; ¡la infeliz está bien muerta!

Sin embargo, arrimándose algo más y examinándolo todo con más cuidado, descubre en el pecho de la pobre víctima de la desesperación, un escapulario de Nuestra Señora del Carmen.

—¡Oh, entonces no debe estar muerta! salta vivamente ese doctor, tan lleno de fe.

¿No veis que lleva el escapulario de la Santísima Virgen?

Y el gran doctor, que era todavía más gran cristiano, besa ese escapulario con singular ternura.

Se inclina de nuevo sobre el cuerpo inanimado de la infeliz; vuelve á aplicar el oído á su corazón: mas ¡ay! siempre el silencio y la inmovilidad de la muerte.

La fe del doctor Recamier estaba sujeta á una dura prueba. La sorpresa y el dolor no le permitían decir una sola palabra.

Después de reflexionar por algunos instantes, dijo á las personas que le rodeaban:

—Tomad dos cepillos y frotad con ellos sin cesar todos los miembros de este cuerpo, y muy particularmente el pecho. No, no es posible que Nuestra Señora del Escapulario haya dejado perecer esta alma en la desesperación.

Dos piadosas mujeres cumplen con lo prescripto por el doctor. Este examina á cada minuto y con una atención llena de impaciencia, si aparece alguna señal de vida. Después de una hora de esfuerzos y de vivas ansias, el rostro del facultativo se ilumina de repente, y él exclama presa de la mayor emoción:

—¡Vuelve la vida, vuelve la vida! ¡Ya os lo decía yo. ¡Nuestra Señora no podía dejarla morir así! ¡Yo cuido á los enfermos; mas es Dios quien los sana!

Le prodigaron á la pobre doncella todos los cuidados que reclamaba su triste estado. Poco á poco se puso enteramente buena. Por mucho tiempo lloró con lágrimas de amargura su delito, y pidió humildemente á Dios y á los hombres que se lo perdonaran.

Un día, en fin, se convenció de que no podía mejor expiar su crimen, ni mostrarse más agradecida á su Soberana Bienhechora, que consagrándose al servicio de Dios en el estado religioso. Para ello solicitó, con una perseverancia superior á toda prueba, un puesto en el noviciado de las Hermanitas de los Pobres. La piadosa modista fué recibida en esa Congregación admirable, y vivió en ella muchos años, dando á todos el ejemplo de las más sublimes virtudes.

Descansó en paz, hace sólo pocos meses, siendo superiora de una de las casas de las Hermanitas, y reconociendo hasta el fin, que debía su salud temporal y eterna al Santo Escapulario de Nuestra Señora del Carmen.



VIEJAS PAGINAS

POEMAS VULGARES, POR EMILIO FERRARI

Antes de ayer pasaba yo por la *Librería Española*, y me paré á curiosear los libros que resaltaban en el lustroso escaparate. La vidriera relumbra y hacia visos con el sol; detrás de ella se veía á los empleados del establecimiento, ocupados en ordenar con muchísimo cuidado colec-

ciones de *La Ilustración Artística*, y los libros aparecían ante mis ojos en ringleras, muy bien acomodados, blancos como los ampos de la nieve, aún intensos, y ostentando los diversos colores de sus títulos, azules por aquí, encarnados por allá, negros por todas partes. Lo cierto es que me puse á recorrerlos uno á uno con los ojos, como quien pasa revista á un lujoso batallón de infantería, y que de pronto me detuve en un título azul, gótico, de caracteres muy bien hechos, que decía: *Poemas vulgares*. Lei lo que seguía, y hallé esto: *Consummatum—En el arroyo*. Entonces busqué á la carrera, por todo aquello de la cubierta blanca, el nombre del autor, y arriba, en lo más alto, me encontré con el de Emilio Ferrari. Verlo, meterme al establecimiento, pedir un ejemplar de aquel tomito, y salir á largos pasos, hojeando el libro por encima, fué todo obra de un instante. A poco llegué á casa, lei los dos espléndidos poemas de Ferrari, y los encontré admirables, armoniosos de conjunto, peregrinos de detalles, muy bien versificados, con mucha música sonora y llenos de oloroso perfume.

Ferrari es un poeta de los buenos, quizás de los mejores, de los que gastan soberana inspiración, tienen privilegiado oído y son artistas verdaderos. Y no se crea que afirmo esto por seguir de novelero la opinión de Castelar ó de doña Emilia Pardo Bazán, sino porque realmente, los versos de Ferrari son hermosos como pocos, elegantes como el contorno egregio de una estatua de Canova, y sonoros como el bronce. Mejor que él nadie conoce los más recónditos secretos de la versificación, el manejo de los acentos rítmicos, el justísimo uso de los tropos, y la manera de colocar los adjetivos donde no huelguen por impropios, sino luzcan como el sol en la faceta del diamante. Tiene un gusto literario que desde luego se encarece por su notable exquisitez, y cada estrofa, cada verso, cada hemistiquio suyo, aunque á las veces se le escape uno que otro rasgo chabacano, ostentan el sello distinguido del superior ingenio. Su oído es finísimo y certero, y por eso las estrofas le salen tan rotundas, que es un deleite recitarlas en voz alta. En imaginación esplendorosa, en brillantez de estilo, en originalidad de metáforas y símiles, podrán vencerle nada menos que Salvador Rueda y Manuel Reina, que son dos coloristas milagrosos; pero lo que es en arte, en corrección, en música dulcísima, á las veces le gana hasta al maestro, que es cuanto puede decirse en elogio de sus notables cualidades, porque el maestro es Núñez de Arce, ó, lo que es lo mismo, el número primero de los poetas españoles de la presente era. *La muerte de Hipatia* es un prodigio de versificación exquisita, en donde es necesario andar muy sobre aviso para dar con un detalle débil, con un verso prosaico, con una estancia desgobernada y floja. Con tal obra tendría Ferrari lo bastante, en cuanto á la forma se refiere, para dejar muy bien sentada su reputación de artista sabio. Se desenvuelven los periodos con majestad olímpica, los versos suenan como frases de arrulladora melodía, y los epítetos refulgen cual joyeles de perlas y brillantes. (1)

Ferrari es discípulo de Núñez de Arce, y ello se le conoce pronto en la grandilocuencia del estilo, en la viril entonación del verbo lírico. Empezó como el autor de *El vértigo*, por la leyenda histórica de pronunciado sabor épico, vaciada en ocasiones en el brillante molde de lo maravilloso; pero ya hoy se le ve andar con paso firme en medio de la sensible realidad que nos rodea, para tomar los asuntos de sus riquísimos poemas de los sucesos, ora dramáticos, ya trágicos, pero ordinarios de la vida. Que acierta en este campo—mejor que en el primero y con mayor habilidad que Núñez de Arce—no hay sino verlo en la comparación que se haga de *La Pesca*, por ejemplo, y *Consummatum*. Ferrari, á no dudarlo, es más dueño del color local, se adapta con más facilidad al medio ambiente, y sin necesidad de requintar allá en el fondo el lenguaje de sus personajes, no incurre como Núñez de Arce en aquella detestable prosa, cuya fealdad se agrava con el artificio de la versificación, de los pésimos diálogos que aparecen en *La pesca* y en *Maruja*. Núñez de Arce se propuso trasladar á la poesía el lenguaje familiar y callejero tal cual es, desnudo, chabacano y hasta grosero en un sentido relativo, sin darse cuenta de que la altura de la poesía y la

(1) Ignoro si don Leopoldo Alas, que tiene de la crítica la generosa y amplia idea que tan va lentamente expresa en su estudio acerca del poeta Baudelaire, opinará hoy lo mismo que opinaba cuando dijo, con la más insoportable injusticia, que Ferrari, en cuanto poeta, era un hombre vulgarísimo (*Miscelánea*, página 362).

Mas sea de ello lo que fuere, y para contrarrestar el juicio del malhumorado crítico, no menos que para darle fuerza á mi opinión, tan desautorizada por ser mía, se me antoja copiar en esta misma nota lo que de Ferrari ha escrito el notable literato don Francisco Blanco García, el cual es, en cuanto crítico, autoridad irrecusable. «Hay que reconocer en Ferrari—dice el agustino—imaginación tropical y brillantísima, dotes de versificador estupendo, en que sólo cede á Núñez de Arce, y gusto y manos de verdadero artista para cincelar la estrofa, dándole el relieve y pulimento de una escultura de alabastro. El que no sienta los primores de forma, la eurytmia y la tersura de algunos fragmentos del *Pedro Abelardo*, la *muerte de Hipatia* y la recién publicada *Alegoría de otoño*, no saben lo que son versos, ni distinguir de colores y sonidos en materia de poesía castellana.» Véase el segundo tomo, página 353, de *La literatura española en el siglo XIX*, por el padre Francisco Blanco García.



BANQUETE DADO AL DR. MAGNASCO POR LA «JUNTA» DE MAR DEL PLATA

majestad del verso lo repugnan por plebeyo. Lo que más puede exigirse y debe hacerse en este género de poesía modernísimo, para no chocar abiertamente con el espíritu literario dominante en nuestra época, es procurar que las ideas que el artista ponga en los labios de sus personajes, estén en relación estrecha con la capacidad intelectual de éstos, con la cultura que poseen y con el medio en que se mueven; pero de ningún modo que el artista las exprese con la misma grosería con que pudiera hacerlo el personaje a que da vida. En la novela cabe ese lenguaje desgarrado (no el que corresponde al novelista, sino el que hablan los actores en los diálogos), porque ya se sabe que la novela (la contemporánea, por supuesto) es el medio más directo que hoy se conoce en la región del arte para reflejar los sucesos de la vida con entera exactitud, y porque en los dominios de la prosa se le ve como en su centro; pero la poesía no es posible adaptarla en su completa desnudez, desde luego que, hasta por la dificultad que el verso ofrece a cada paso, en razón de los inconvenientes que la rima opone y de los tropiezos que ocasionan los acentos, se desvirtúa al fin y al cabo sin remedio, perdiendo por ende su legítima naturalidad, y dejando en lugar suyo el diálogo o el monólogo prosaico, sobremanera afeado por los ripios y demasías impropias que ha menester forzosamente el artificio para darle la forma requerida. Ferrari ha vencido la dificultad en *Consummatus*, poniendo en boca de la prostituta arrepentida lo que ella es capaz de concebir, sin propiarse nunca de las lindes en que su imaginación puede moverse, pero tampoco sin renegar de la belleza, sin prescindir de las galas y primores de lenguaje que la poesía acostumbra, y sin romper la unidad artística del espléndido poema. Núñez de Arce, por lo contrario, ha tomado el diálogo directamente, y como el éxito así era imposible, aún tratándose de su destreza singular, hubo de fracasar redondamente en el empeño. Pues lo mismo que en *Consummatus* sucede en *En el arroyo*: lo que el entretenido granujilla dice a sus compañeros de calle y travesuras, está de acuerdo con su temperamento, con la viveza que Ferrari le supone, y con la agilidad constante y andariega de su imaginación. Nada hay en sus palabras que repugne por impropio, que disuene por excesivo, o que parezca inverosímil; y, sin embargo, las quintillas nada tampoco tienen de prosaicas, sino mucho de elegantes, cultas y sonoras.

Verdad es que el realismo ha triunfado en todo el mundo literario, ha llegado hasta la cumbre de sus aspiraciones, y clavado en lo más alto el glorioso pabellón de sus conquistas; verdad que las más poderosas resistencias han cedido ante la avasalladora fuerza de su empuje, que ha plantado su tienda de campaña en todos los dominios de la inteligencia, y que por esto ya hoy nadie se acuerda de beber las aguas de la inspiración sino en las fuentes vivas de la naturaleza, siempre joven como el alba y eternamente hermosa como la Psiquis del olimpo mitológico; pero el realismo no es aceptable en poesía sino depurado de todas sus groserías exteriores, que son aquellas que se refieren a la expresión de las ideas. Precisamente por ser la poesía la cristalización suprema del

lenguaje, la quinta esencia de la forma literaria y el pináculo del arte, rechaza de firme todo aquello que venga a desmejorarla y prostituirarla. Si la poesía no es otra cosa que la expresión de la belleza, y la belleza no reside en otra parte que en el feliz consorcio de la idea con la forma, necesario se hace buscar la forma pura y exquisita en la hábil combinación de aquellos elementos escogidos que son capaces de engendrarla. El poeta puede ser sencillo cuanto quiera, pero jamás prosaico ni vulgar; puede adueñarse de lo real con toda la fidelidad posible, pero sin empuerchar la legítima hermosura del soberano idioma en que se expresa; puede dar vida al drama humano con toda la intensidad de las pasiones, pero sin prescindir de la belleza exterior. El personaje tiene derecho que le sobra para hablar en el poema, pero no directamente, sino por boca del artista, que es el capaz de mantener en su obra la unidad de la hermosura, sin necesidad por otra parte de calumniar al personaje, de suponerle los alcances con que no le agració naturaleza, ni de expresar lo que a éste ni por asomos se le ocurre. El diálogo y el monólogo son un escollo en poesía, pero el escollo no puede evitarse de otro modo que por medio del recurso que para este caso tiene el arte.

Consummatus es una obra bella en toda la extensión de la palabra. El realismo que la informa

D. EDUARDO MULHALL
Fallecido últimamente

es verdadero, desde la descripción pintoresca y animada, en que todo se ve como de bulto, hasta el drama íntimo, que hace palpitir con fuerza al corazón. El argumento es tan sencillo, que apenas cabe en cuatro líneas. Una muchacha de la clase media, seducida por los encantos mundanales é impulsada por su temperamento ardiente, se escapa de la granja en que ha crecido como una flor hermosa en la esquiva soledad del valle, y corre a las ciudades populosas en busca del placer y de la orgía. La crápula mina al fin y al cabo su salud, y con el corazón henchido de tormentosos desengaños, regresa al rincón de su niñez, para morir allí en medio de las pálidas tristezas del otoño, oyendo el canto de los zagales y zagalas del contorno, y pidiendo a sus padres y muertos, perdón por sus pasados extravíos. No una, sino muchas veces, se lee con entusiasmo este poema delicioso, porque al sentimiento hondo que respira, á la opulenta imaginación que lo engalana con la explosión triunfal de sus fulgores, junta las riquezas espléndidas del arte. Hay allí, con todo, detalles en que la inspiración del poeta se sublima, como son la pintura fresquísima de la vendimia, cuadro que por sí solo basta para hacer una reputación no despreciable en sólo un día, y el admirable contraste que Ferrari establece entre la vida de escándalo y orgía de la protagonista en medio del estrépito del mundo, y la existencia halagadora, risueña é inocente que antes llevara allá en el campo, saltando por los húmedos barbechos, cogiendo en las laderas flores

nuevas abrigadas de sol y de rocío, recorriendo las márgenes de la quebrada enfloradas de tomillos, y madrugando diariamente á las rústicas faenas, mientras el gallo cantaba en el corral el advenimiento de la rosada aurora. Como estoy casi seguro de que nadie aquí tiene todavía noticia de este poema de Ferrari, copiaré á continuación uno de los dos trozos indicados. Léase, pues, el bellísimo contraste—en uno de cuyos términos el naturalismo desnudo campea por sus respetos, sin que el poeta haya incurrido en la expresión prosaica é indecente—y dígame después si quien tan gallardamente lo escribió, es ó no uno de los mejores poetas castellanos de la presente era.

La arrepentida pecadora, al regresar á su casa antes alegre, ahora triste, abandonada y sola, se pone á recorrer uno por uno los sitios en que fueron las dulcísimas horas de su infancia, hasta que

..... En la mortuoria alcoba,
junto al misero lecho de caoba,
se le arrasan en lágrimas los ojos;
y besando la cruz que en la agonía
su desolada madre besaría,
sin fuerzas ya, desplómase de hinojos.

Recuerda entonces cuando en vil hatura,
públicamente fué de su hermosura
subastando al amor los desperdicios,
y arrastrando, en fastuosas bacanales,
por todas las modernas capitales
como una regia púrpura sus vicios.

Cuando en la ociosidad de sus salones,
con el olor que en indios jarrones
los arbustos del trópico exhalaban,
gozabase con lánguido mareo
en aspirar las flores del deseo
que á sus pies, retorciéndose, brotaban.

Cuando, insaciable, en vergonzosos lazos,
pasaba de unos brazos á otros brazos
sin ajustar la desceñida ropa,
el corazón rompiendo en que bebía,
como se rompe, al despuntar el día,
vacuada ya, tras el festín, la copa.

Cuando al mentir adoración sus ojos,
temblaba al borde de sus labios rojos
el vil sarcasmo, que clavaba artera, (2)
teniendo ora irritable, ora indolente,
ya el pérfido ondular de la serpiente,
ya el brusco acometer de la pantera.

Que así, amarrada en su triunfal martirio
al corcel de Mazeppa de un delirio,
toda barrera al desenfreno rota,
fué subiendo, tarima por tarima,
las gradas del escándalo, esa cima
donde se halla, á la vez, trono y picota.

(2) Señalo este verso con letra bastardilla, lo mismo que el que dice:

el corazón rompiendo en que bebía,

porque las ideas que expresan no tienen conclusión. ¿Qué era lo que bebía la prostituta en el corazón ó en los corazones que iba rompiendo en cada nuevo capricho ó devaneo? ¿En dónde ó en quién clavaba artera el vil sarcasmo? Conste, además, que en un corazón no se puede beber nada; que el verbo *romper* resulta allí muy mal empleado, y que por todo esto la imagen es falsa en absoluto. ¿Estuvo acaso en la mente del poeta hacer una especie de síneco, que dándole al verbo *beber* toda la extensión que tiene y con la cual frecuentemente se le usa, como cuando se dice Fulano de Tal *bebía*, por Fulano de Tal *se emborrachaba*? Ni aún aceptando esto como cosa muy corriente, resultaría bueno el verso, porque lo que se bebe en tal sentido no es sino *aguardiente* (entre nosotros voz genérica), y en un corazón, como ya he dicho, no se puede beber nada, ni aún en sentido figurado. Todo lo cual expongo, no sin tomar antes la venia de ciertos críticos muy sabios que entre nosotros se dan ínfulas de oráculos, como si ello fuera la cosa más natural del mundo.

¡Cuán diferente su existencia en medio de aquel agreste y solitario predio en cuyo albergue tutelar segura, vió transcurrir los años de su infancia en el temor de Dios, y en la ignorancia de las pasiones, inocente y pura!

Aquel gozoso despertar, apenas llamaba á las domésticas faenas el desvelado gallo en los corrales, para bajar, despidiendo el sueño, á migar en el rústico barreño la sopa destinada á los zagales;

aquellas expansiones placenteras por la tarde, á la vuelta de las eras, ó del río en las márgenes vecinas; los infantiles cuentos y canciones oídos al amor de los tizones en las gratas veladas campesinas;

la flor cuidada en el humilde tiesto, el lecho en un rincón, limpio y honesto, donde soñó su juvenil poema, y aquel armario en que del blanco hatillo se exhalaba el aroma del membrillo y el familiar olor de la alhucema.

No se pase á las volandas por sobre esta verificación, que es música deliciosa toda ella. Medítese con el detenimiento que merece, y, entonces será cuando podrá entenderse bien su legítima hermosura. Hay versos que diafanizan claramente, por la verdad que encarnan, por la armonía con que suenan, por la eurytmia insuperable que presidió á su formación la sabiduría y buen gusto del artista. Tales son, por ejemplo,

el desvelado gallo en los corrales,

á pesar del predominio ejercido por los acentos rítmicos sobre la misma vocal, predominio que no empuje á la hermosura del endecasílabo, en gracia de la fuerza sugestiva del adjetivo *desvelado*:

los infantiles cuentos y canciones oídos al amor de los tizones en las gratas veladas campesinas,

porque con elementos rayanos de la vulgaridad ha triunfado el realismo por completo dentro de los términos de la poesía:

y aquel armario en que del blanco hatillo se exhalaba el aroma del membrillo y el familiar olor de la alhucema.

Lo mejor del poema, en cuanto á la belleza y pulcritud de la forma se refiere, está en el fragmento que he copiado, en la descripción que sigue á éste del paisaje que se contempla en torno de la granja. y en el báquico cuadro de los vendimiadores. De la descripción que menciono, transcribo las estrofas en que se hace la pintura del crepúsculo vespertino, porque parecen cuatro joyas primorosamente trabajadas.

¡Cuán solemne quietud! Es el momento de íntimo y celestial recogimiento en que se abisma y reconcentra el mundo; la corona de rosas de la fiesta deshojando en el polvo, en que recuesta su helada frente el año moribundo.

Sobre su lecho que agostó el solano, postrada por las fiebres del verano, naturaleza, que por fin reposa, cediendo á un suave bienestar, parece que al letárgico influjo languidece de una convalecencia voluptuosa.

Se siente una tristeza indefinible, un sopor de las cosas apacible, una impresión de soledad y olvido; y todo descolórase y esfuma tras un vapor en cuya tenue bruma dijérase que flota sumergido.

¡Hora en la vida de contrastes llena, que es ansia vaga y placidez serena, mudo estuor y religioso encanto, penumbra de misterios indecisa, último resplandor de una sonrisa que se dehace, resignada, en llanto!

Este poema, hermoso como los mejores de su estirpe, apenas tiene una que otra nota desgraciada, que por lo fáciles de corregir, sorprenden en un artista de los recursos de Ferrari, tan sumamente escrupuloso y de tan peregrino gusto literario. Por lo mismo que la obra es, en lo general, limpia y correcta, los contados lunares que negrean en más de una estrofa, resaltan en el fondo del conjunto á la manera que las huellas impuras de una mosca en la corona de azahares de una bella desposada.

La primera sextilla comienza del siguiente modo:

Quien se complazca en el adusto invierno, vaya á buscarlo *coronando* eterno las graníticas cumbres de la sierra...

y allí se ve que el gerundio *coronando* es, además de incorrecto, anfibológico, porque su acción tanto puede referirse al *invierno*, como á quien vaya á buscarlo á las cumbres de la sierra. El gerundio, como se



ODORICO MENDES
DISTINGUIDO HOMBRE PÚBLICO BRASILEÑO

sabe demasiado, denota coexistencia ó anterioridad inmediata con el verbo que determina á la oración, y en el presente caso no concurre ninguna de estas circunstancias, porque *coronando* no tiene que hacer nada con el verbo *buscar*, que es el que rige, y el cual á quien directamente afecta es al sujeto.

En la segunda sextilla se afirma, en absoluto algo que está muy lejos de ser cierto, y que no pasa de ser una ilegítima licencia.

Cuando un ensueño juvenil de amores pensar os haga en las tempranas flores y en las nidadas que el verdor cobija, no hallaréis un lugar donde se ostente como en el valle, espléndida y riente, la primavera, que del valle es hija.

La primavera es tan hija del valle, como de la montaña, el huerto, la colina, el bosque, la campiña, la selva y el collado. Si el poeta hubiera usado en los dos últimos versos la voz *campo*, en la cual se comprenden todas las voces anteriores, además de expresar lo verdadero, le habría dado á la estrofa mayor número y cadencia, porque la *eme* de campo es mucho más enérgica, por dilatadora del sonido, que la *elle* de valle. A lo cual se agrega que el sentido poético no perdería nada con la sustitución, porque la primavera también se ostenta en la ciudad, en sus alrededores, en los parques y jardines, y lo que se quiere es ponderar su hermosura allá en el campo, en donde brilla con toda la esplendor de sus lisonjas.

Véase la cuarta estrofa:

En un rincón de tierra castellana que desde el sitio próximo en que mana cruza Pisuergra *entre* campiña verde....

La preposición *entre* usada allí no puede ser más desgraciada, porque ella sirve para denotar situación ó estado en medio de dos ó más cosas ó per-

sonas, y la campiña es una sola. Se dice con entera propiedad *entre flores*, verbigracia, porque el plural es suficiente á determinar de una manera exacta el sentido de lo que se expresa; pero *entre campiña verde* es incorrecto, y además de incorrecto, prosaico en grado sumo. Apelo al dictamen de don Miguel Antonio Caro, que es persona que entiende de estas cosas gramaticales como nadie. Además de la preposición, en la estrofa es preciso censurar también el relativo *que*, tan aplicable al río Pisuergra como al *rincón de tierra castellana*. (3) En el manejo del posesivo *su*, de suyo anfibológico, se le advierte á Ferrari poquísima destreza, como puede comprobarse con los ejemplos que en seguida copio:

Mas si vuestra alma simpatiza triste con el otoño, que *su* luto viste....

Allá, de noche, cuando en luz pajiza baña la luna *su* pared terriza....

Luego, alzando su faz pálida y bella como el dolor, en que estampó la huella de infames noches el insomnio ardiente, abrió y entró. Bajo *su* doble calma, lóbrego el sitio y tenebrosa el alma, quedaron un minuto frente á frente.

Pues aquella mujer, como se lanza la inadvertida alondra á la asechancia del espejuelo seductor, *hace años* abandonó su hogar pobre y sencillo para seguir, cegándose á *su* bri lo, de la ambición los perdidos engaños.

¡Ojalá nunca prosiguiera—dejara *su* paz en que hoy gozara de un venturoso hogar los regocijos....

Aún pienso verme en la Babel, perdida, al acaso aturdida, dejándome arrastrar por *su* tumulto....

En el primer ejemplo es difícil saber si el *luto* pertenece al *alma* ó al *otoño*, y cual de los dos es el que lo viste. En el segundo, como el sujeto está á cinco estrofas de distancia, al primer golpe de vista se le figura á uno que la *pared terriza* es de la *luna*, y no la tapia de la granja. En el

(3) No sólo aquí, sino también en *el arroyo*, Ferrari hace uso de la preposición *entre* impropriamente, como puede verse en los siguientes casos:

Pajarillo volandero que perdido *entre* la fronda, cualquier fruto picotea, en cualquier rama se posa....

Hállasele *entre* una turba de arrapiezos de su estofa, porque gorriones y niños por propio instinto se asocian....

Duerme, ya sobre los bancos de una plaza, *entre* la sombra, ya en el quicio de una puerta, ya de un atrio en las baldosas....

Si procesión ó rosarios salen de alguna parroquia, lleva su cirio *entre* un grupo de cofrades y devotas.

Con vivo caracoleo pa-an, mientras, los carruajes, *entre* el polvo del paseo y el crujiente traqueteo de varillas y de herrajes.

Acerca del uso de la susodicha preposición, consúltese la Gramática de la lengua castellana, por la Real Academia Española—páginas 197, 198, 232, 233 y 234. Yo creo tener razón, á juzgar por lo que ella dice; pero puedo estar equivocado, y por eso pregunto á quien lo entiende. Si *sombra* y *polvo*, en los ejemplos citados, expresan la idea de unidad, ¿se puede decir correctamente *entre la sombra* y *entre el polvo*, como muchos dicen *entre mi ser* y *entre mi corazón*? Y si *fronda*, *turba* ó *grupo* expresan la idea de pluralidad dentro de la de unidad, será correcto decir *entre la fronda*, *entre una turba* y *entre un grupo*? Según la Academia, no, y según Salvá, tampoco; pero es lo cierto que todo el mundo literario, con muy pocas excepciones, emplea la susodicha preposición como mejor le cuadra ó se le antoja.



BUENOS AIRES — LA CASA DE ROZAS — PALERMO DE SAN BENITO
(Demolida el 3 del actual)

tercero la anfibia se complica, porque la *doble calma* tanto puede referirse a la casa, como a la mujer que entra, como al *lóbrego sitio* y al *alma tenebrosa*. En el cuarto se queda uno harto perplejo, sin atinar a quién debe atribuirse el *brillo*, si al *espejuelo seductor*, al *hogar pobre y sencillo*, ó a los *pérfidos engaños de la ambición*. Y lo que es en el quinto, no había necesidad de emplear el posesivo *su*, como tampoco en el sexto, porque con los artículos *la* y *el*, se hubiera dicho más y muchísimo mejor, sin incurrir en la vaguedad anfibia. Se me dirá que el sentido común es para eso, para atribuirle el posesivo a quien convenga, de acuerdo con la lógica de las ideas; pero es el caso que, si hasta allá fuéramos, el arte dejaría de ser en breve, porque el sentido común es capaz de comprender los más atroces disparates que se escriban. Además de lo cual debe observarse—en la sextilla que corresponde al cuarto ejemplo—lo demasiado vulgar de la frase *hace años*.

De tarde en cuando, en las estrofas salta uno que otro verso duro, prosaico y desgarrado, ya sea por la violencia de alguna sinalefa ponderosa, ya porque los acentos rítmicos se le han rebelado desvergonzadamente al diestrisimo poeta. Ninguno de los endecasílabos que a continuación transcribo, es aceptable en una versificación tan magistralmente trabajada como la de este magnífico poema:

Y desde entonces ya no hubo momento.
De ingrave sombra lo r. corre todo.
En el hortal cada deshecha tabla.
Pero aquí, ya me duele tu retardo.
Un sitio entre ambos, á que en paz me ciña.
La desdichada, que socorro ansia.
De la cual solamente en la comarca.

Y si en mis manos estuviera hacerlo, yo modificaría las estrofas marcadas con los números XXX y LXXIV, del siguiente modo:

Quiere medir lo que creció el castaño
que ella plantara; *sorprender* el daño
que hizo en la higuera la tenaz sequía;
oír si aun el agua en las corrientes
murmura aquellas cosas *diferentes*
que en otro tiempo, enajenada, oía.

Rayo postrero de la luz del día,
pálido, oblicuo, sin calor, hería
los bordes de las tapias de la huerta,
y entre reliquias del verdor de mayo,
sólo una mariposa en aquel rayo
de sol nadaba, entumecida y yerta.

Modificaciones con las cuales se evitarían, en la primera estrofa: el verbo *examinar*, prosaico hasta no más; el verbo *escuchar*, para que desapareciera la enorme sinalefa de *si aun*, y el adjetivo *incoherentes*, contentivo de una sinéresis de fierro, y por contera, del peor gusto; y en la segunda estrofa: el numeral *un* del primer verso; el encuentro de las dos *erres* de *postrer* y *rayo*, cuya pronunciación es dificultosa; la forzuda sinalefa de *lo alto*, y la carencia de número del verso con que se verifica la pausa media de la estrofa. La repetición del verbo *oír* en la primera sextilla, en vez de ser pesada, le comunica mayor intensidad al sentimiento que las cláusulas respiran.

Ni sería inoportuno, sino al contrario muy discreto, substituir, como lo hago, en la estrofa que dice:

Allá, al final de la olvidada senda,
donde ni humilde ofrenda
ni basta cruz depositara el duelo,
sobre esa tumba, con rumor doliente,
cayeran solamente
las compasivas lágrimas del cielo,

substituir, repito, la segunda con la primera forma del pretérito imperfecto (modo subjuntivo) del verbo *caer*, no sólo para evitar la sinéresis sino también para darle mayor fuerza al heptasílabo, que tal como aparece en la sextilla, es débil en extremo. (4) Ni creo que tampoco sería impertinente hacer a la cruz *basta*, que vale igual que *tosca*, para obtener la corrección de lo que debe saber el lector ilustrado en estas cosas.

A pesar de la esmerada versificación de *Consummation*, y del profundo sentimiento que respiran las sextillas del monólogo, *En el arroyo* es una obra más humana, tiene más vida y movimiento, y le habla con mayor elocuencia al corazón. La soberbia pintura del rapaz, el retrato que éste hace a sus colegas, de la que debe ser su madre, y sobre todo, la escena final del poemita, son cosas que llegan hasta el alma, y la conmueven. El sacudimiento que se experimenta es brusco, fuerte, hondo, y lo que son los ojos, casi, casi se humedecen. *Primavera* es hijo de una dama de la alta aristocracia, pero ilegítimo, bastardo, habido de unos amores clandestinos. El

(4) Conste aquí, después de todo lo observado, que Ferrari ha convertido a *trae* y *cae*, no una, sino del tiro cuatro veces, en pa'abras de una sola sílaba cuando tienen dos. Con semejante procedimiento inaceptable, los versos se echan a perder, porque, ó se aumentan nada menos que una sílaba, ó para que no se estiren indebidamente, se ve el lector en el forzoso caso de pronunciar *tre* y *que*, en lugar de *tra-e* y *ca-e*.

muchacho casi lo sabe, porque los recuerdos de su infancia se lo están diciendo de continuo, y una tarde de paseo, en que los bosques y jardines se encuentran llenos de carruajes, y el polvo se arremolina en torno de ellos, y las yeguas de pura raza piafan enarmando el cuello sudoroso, poblado de crines relucientes, y rutilan los arneses de brillante plata, y tintinean las menudas cadenillas de los espléndidos pretales, y las joyas echan chispas, y ondean los erguidos plumajes como llamas, y los corpiños hacen visos acariciados por el sol; una tarde así, repito, el tronco del carruaje en que la dama anda, se desboca por la avenida suntuosísima, en medio del asombro de la apiñada multitud. Ver aquello *Primavera*, lanzarse a la calle acto continuo, echar mano a los frenos espumantes y detener el tronco de improviso, todo es uno. El audaz muchacho cae, rueda, muere el polvo y se lastima, pero la dama se salva de la trágica é inevitable muerte que la espera. Bañado en sangre generosa, *Primavera* se incorpora, se sacude, sonríe de placer, y lleno de embarazo y confusión, se coloca junto a la gentil señora. Entonces,

Tendiéndole ella una mano,
del fino guante ceñida,
corrió á estrechársela ufano,
y fué á darle un sobrehumano,
un primer beso en su vida.
Pero al asirla, sintió,
con el roce de la seda,
algo frío.... El beso ahogó.
y en las suyas oprimió
la vil paga: una moneda.
Aun vió á la dama, anhelante,
volver, temblando, la adusta,
pálida faz un instante;
oyó en seguida, vibrante,
el restallar de la fusta;
fué con ira y desconsuelo
perdiendo de vista el coche;
alzó los puños al cielo;
tiró el oro contra el suelo....
y tuvo hambre aquella noche.

¿No es verdad que esto es hermoso? ¿No es verdad que el alma siente aquí la soberana conmoción que produce la realidad fuertemente sentida y expresada? ¿No es verdad que a los párpados se asoma una lágrima furtiva, a tiempo que en los nervios se experimenta el formidable arranque de la indignación? Pues esa es la misión de los poetas: apoderarse de esos dramas palpitantes de la vida, darles forma con el arte, con los esplendores de la imaginación, con la magia del ritmo, de la palabra sonora y del color maravilloso, y hacer brotar de ellos la inefable expresión de la belleza.

Anoche me encontraba yo de visita en casa de una señora harto distinguida, hermosa como no hay muchas en América, que tiene verdadero entusiasmo por el arte, que ama los versos bellos y siente profunda admiración por los hombres de talento. El corredor estaba á media luz; ardía el quinqué sobre la mesa de luciente mármol, detrás de un abanico de plumas de colores encajado en un florero; extrañas plantas olorosas se veían en la baranda metidas en jarrones de rica porcelana, y en el patio se oía el chorro de agua de un surtidor de bronce. Después de hablar de Peza, cuyos *Cantos del hogar* se sabe ella de memoria, mi simpática amiga me exigió que le recitara algo nuevo, y yo, por darle una sorpresa deliciosa, me puse á recitar el poemita *En el arroyo*. A medida que las estrofas iban saliendo de mis labios, aquella mujer abría los ojos, me miraba fijamente y respiraba con más fuerza. Con verdadera ansia le palpitaba el corazón, y bajo los encajes del corpiño, blancos como la espuma del océano, se le movía el relevado seno como imperial onda de nácar. Cuando dije la última quintilla, los ojos de mi amiga estaban húmedos, y ella apenas podía hablar, dominada por la más honda emoción.

Yo creo que con esto es suficiente para hacer el justo elogio del poema de Ferrari. La humedad de aquellos ojos vale cien veces más que todos los aplausos del Ateneo de Madrid.

Caracas, 1892.

GONZALO PICON-FEBRES.



R. P. JORGE M. SALVAIRE

Nuestras gestiones por conseguir un retrato á tiempo han sido ineficaces, y no queremos dejar de consignar los breves apuntes biográficos de este ilustre sacerdote, cuya inesperada y prematura muerte enlutará, no lo dudamos, á tres repúblicas sudamericanas, á las que estaba vinculado y en las que su nombre era pronunciado con respeto y veneración cual se lo merecía el intérprete diligente de las aspiraciones de los fieles de estas regiones, de las tradiciones filiales del culto de la Sma. Virgen, el celoso é infatigable propagandista de los prodigios y glorias de la Soberana Protectora de naciones hermanas.

El R. P. Salvaire no había nacido en este suelo; pero en los designios del Altísimo estaba que aquí, en nuestras playas, encontrara el escenario propio de su vocación.

El distinguido religioso de la Misión, muy joven aun, casi apenas sacerdote, vino á establecerse entre sus hermanos de congregación, poniendo sus aptitudes, su clara inteligencia, su seleccionada erudición, especialmente su gran voluntad para el estudio y su carácter emprendedor, al servicio de la vasta Arquidiócesis de Buenos Aires.

A diferencia de otros, era un hombre múltiple: lo mismo era misionero, que periodista, historiador, cura é iniciador de obras benéficas para la religión y para el país, como la monumental que hoy se levanta en Luján, y cuyas magnas proporciones jamás le hicieron vacilar, sobreponiéndose á las críticas aun de ciertos piadosos que no comprendían, como él, lo que debe ser un Santuario Nacional, dedicado á la Reina de los Cielos, bajo una advocación que simboliza esperanzas seculares y genuinamente argentinas.

La vida privada del P. Salvaire era la de un religioso austero, que tiene que vivir y actuar en el mundo haciéndose accesible lo mismo al católico fervoroso, que al indiferente, al despreocupado y refractario á nuestras creencias.

Por eso, por sus dotes especiales, por el don de gentes que le distinguía, por su carácter expansivo y franco, uniendo á la cultura exquisita un tino especial para mantenerse á una altura digna en las diversas circunstancias, todas las puertas estabanle abiertas, alternaba en todas las esferas sociales, y lo mismo era querido entre los humildes moradores de nuestra campaña que en el seno de las familias más distinguidas de esta metrópoli, en las ciudades y pueblos del interior y del litoral, del Uruguay y del Paraguay, buscando, persiguiendo la unión íntima de estas Repúblicas á la nuestra, por medio del vínculo indisoluble de las creencias.

Apenas designado por el Excmo. Sr. Aneiros, de feliz memoria, para desempeñar su ministerio en Luján, concibió la gran idea de reavivar, por decirlo así, el culto hasta entonces casi rutinario á la Virgen Santísima bajo la simpática advocación.

Esta era algo así como un precioso tesoro escondido á la gratitud nacional, que esperaba el hombre providencial para hacerlo brillar en todo su esplendor.

El P. Salvaire, con singular disposición para revolver archivos, confrontar documentos, depurar tradiciones y escudriñar el fondo de verdad de relatos acaso ya adulterados, con un criterio crítico notablemente ilustrado, escribió la Historia de la Virgen del Luján, ofreciendo al país en esa obra, cuyo mérito han significado en honoríficos testimonios nuestros primeros hombres de letras, un valioso trabajo, tan importante del punto de vista religioso, que era su principal objeto, como política y socialmente considerado, por la abundancia de noticias las más interesantes que aquél contiene, relativas á nuestro génesis y evolución nacional, muchas de las que nos eran hasta entonces completamente desconocidas.

No seguiremos el minucioso relato de los trabajos de las fatigas del querido sacerdote.

Esa será la tarea de su biógrafo.

Nos concretamos á relatar las diversas fases de su misión de decidido propagandista del culto y de las glorias de Nuestra Señora de Luján.

Una vez que diera á conocer la predilección de María á estas regiones de casi medio continente, manifestadas, confirmadas por una serie de prodigios y beneficios capaces de vencer las resistencias más tenaces de la incredulidad, preparó el gran homenaje que le debía á los tres pueblos, testigos de esa maternal y generosa protección. Gestionó y obtuvo de la Santa Sede la coronación de la venerada Imagen; ceremonia que, como es sabido, revistió las proporciones de uno de los acontecimientos más culminantes de la nación, teniendo también una extraordinaria repercusión exterior.

Pero aún no estaban colmadas sus aspiraciones.

Quería también coronar sus anhelos con un gran monumento que superase á todos los de igual índole en Sud América.

Trazó los atrevidos planes de la gran Basílica Nacional, y venciendo dificultades serias que le opusiera la situación económica más precaria por que haya atravesado el país, acometió la obra colosal, cuyo estado de adelanto da testimonio de la laboriosidad sorprendente del ilustre é inolvidable extinto.

En esa empresa ha tenido inteligentes y activísimos colaboradores, de entre sus mismos hermanos en religión, pero el alma de ella, está en la conciencia de todos, era el P. Salvaire.

El tiempo que esas tareas le dejaban disponible, lo empleaba en las misiones y en trabajos literarios, místicos unos, históricos los otros, como el que queda ya terminado y preparado para darlo á la estampa, sobre el Santuario de Itatí.

Había también aglomerado numerosos é importantísimos materiales para que, bajo su dirección se escribiera la Historia Eclesiástica de la América Latina, dando participación á los jóvenes sacerdotes que en estos países se distinguen en el cultivo de las letras y del periodismo, á muchos de los cuales ya había comprometido formalmente.



DE «NOCHES DE INSOMNIO»

III

EN EL MAR

Los cuatro barcos, como grandes gaviotas, rasando, al volar, la cresta de las olas, pasaron uno tras otro la boca del río y se lanzaron al mar abierto, al insondable azul lleno de misterios, Caja de Pandora para muchos, Estigia de algunos, espejo en que se retratan, renovadas sin cesar, las expediciones en pos del vellocino de oro.

Al poniente lucía el sol sus últimos resplandores. Era un crepúsculo admirable, con todos los matices ricos del azul, del rojo y del amarillo. Una nube de lila oscuro aclaraba sus tonos hacia el radio, y el borde brillaba con la intensidad de oro en fusión, deslumbrante, espléndido, mientras encima de ella reverberaba como cirio anaranjado, un copo de niebla, centellando, con la lucidez de una estrella.

Al tocar el disco del sol enorme, rojo, la línea del horizonte, se sonrosaron las aguas y dibujáronse sobre la dorada luz del cielo cinco rayos azules como inmensas colas de cometas, abanico gigantesco abierto en la inmensidad por el lado de Occidente. Sembraba la soñadora mano de la noche extendiéndose amorosa para recibir en su lecho al sol, que volvía de la carrera triunfal a sus mórvidos brazos, en el silencioso recogimiento de la alcoba.

La poesía de la naturaleza caía en somnolencia, dormitando a las últimas luces del crepúsculo. En torno estaba la inmensidad: arriba, el infinito azul tachonándose de estrellas: abajo, el vasto mar, apenas rizado por las olas que orillaban, como encajes blancos, las leves espumas.

El mar es feo, es brutal. Bestia monstruosa tendida de espaldas, en lugar alguno se le ve fisonomía, en ninguna parte tiene cara. El mismo enorme torso que ofrece en el Ecuador lo presenta a los cincuenta grados de latitud a millares de millas de distancia. Tiene la estética de lo monótono. La vista, la fatiga siempre con las mismas invariables líneas; el oído, lo cansa en todos los tiempos con la eterna canturía quejumbrosa de sus olas. Cuando despierta y se despereza es cada vez con el mismo salvaje impetu, con la misma ciega furia, sin que el apasionamiento de las fuerzas desencadenadas logre dar expresión a la monstruosa espalda que constituye todo su organismo.

Hasta el sabor de sus aguas tiene el gusto con que simbolizamos las penas. ¡Ha sido causa y testigo de tantas catástrofes!... ¡Mensajero del dolor, nadie te ha surcado con los ojos enjutos! Los que se confían a tus aguas azarosas dejan siempre en la costa que se borra en la lejanía la esencia del alma, y van tristes, con el pensamiento fijo en los seres amados que dejaron en tierra, peregrinando de espaldas, la mirada vuelta hacia ellos. El caudal de lágrimas que ha caído en tu seno es lo que lo ha amargado, y la pesadumbre de tantos dolores lo que desequilibra tus aguas y las precipita rugientes sobre la playa, devolviéndole los restos inanimados de tus víctimas.

De ti, la costa, que es bella, que es poética, que dibuja sin cesar nuevos panoramas, cambiando la decoración a cada instante con sus verdes y sombreados valles, ó sus empinadas montañas que se coronan de luz y de nieblas atravesando el infinito de arriba.

Ya se han hecho densas las tinieblas. Como hoteles flotantes se ven los cascos de la escuadra que navega en conserva, ennegrecidos por la noche, atravesados por los puntos de luz blancos, rojos y verdes de sus señales de marcha. Yo busco algo allá arriba. Miro a Júpiter, que comienza a despuntar en Oriente, hecho una bola roja, gallardo, hermoso como galán cuyos ojos se animaran al rescoldo de la memoria de su prometida. Es su astro favorito. Ella lo ha escogido entre los solitarios errantes del espacio, y quizás a esta hora le dirige su dulce y melancólica mirada....

Démonos cita ahí, hermosa mía. Ya que no puedo deleitarme contemplándote, ya que no me es dable reflejarme en el límpido cristal negro de tus pupilas, que las miradas de ambos converjan hacia el Hércules de nuestro sistema solar, y al encontrarse ahí se reconozcan y se acaricien.

¡Qué dicha imponderable la de amarte! Tú eres mi égida y me haces invulnerable al dolor y al hastío. Cuando las contrariedades me cercan, cuando la pena quiere agobiarme, cuando siento que me falta la mitad del alma y que la otra mitad queda aquí para el sufrimiento, aparece en mi corazón tu imagen y me abstraigo con ella, sustrayéndome a cuanto le sea extraño. Entonces no hay penalidades, no hay hastío, no hay desesperaciones. Se desvanecen en la bruma lejana, mientras viajamos por el vaporoso país de los hermosos ensueños.

A tus pies depongo, cuando me acerco a ti, todos los sentimientos terrenales de que me he impregnado en mis nómadeas correrías. Llego a ti, tímido y sencillito, con la virginal pureza de la infancia. Bendita seas tú, que eres mi dicha y mi

consuelo, manjar del alma, apacientamiento del espíritu. Manantial de castos placeres, de ti viene el alivio a todos mis sufrimientos.

El mar se intranquiliza. Se hinchan las olas y el crucero se mece como una cuna trágica, que tiene algo de ataud. Una marejada enorme revienta en la popa y se deshace sobre el puente inundándolo y batiendo sobre la obra muerta, en desahogado vaivén, cuanto había flotante sobre el piso. Y yo, me he vuelto supersticioso. No pienso en Dios. Pienso en ti y me creo libre de todo peligro....

Tú duermes. Es la hora del reposo para las conciencias tranquilas, para los corazones no tocados por la adversidad. Mañana, hoy mejor dicho, porque ya el otro hemisferio, bañado en luz, traspuso el meridiano; hoy es tu onomástico. Si al despertar un susurro lleva a tu oído una caricia, una congratulación llena de amor y de fervientes votos, no te sobresaltes, no te alarmes. No será que haya perecido en los senos del abismo, sino que por un esfuerzo de voluntad mi alma habrá ido a saludarte.

Adiós. Pero no, no me despidió. Se dicen adiós los que se separan, y yo te he dejado el corazón y me he llevado tu celeste imagen en la milagrosa retina del espíritu.

JOSÉ R. LÓPEZ.



EL CURA DE VIVELOUP

VIVELOUP es una aldea de un centenar de habitantes, perdida en pleno bospue, a la margen izquierda de un riachuelo que, después de varias revueltas, se precipita en el Ource.

Inmensos árboles rodean el caserío y establecen tres leguas de soledad entre él y el pueblo más inmediato.

Entre las miserables casuchas de la aldea sobresale el campanario de la iglesia, y a corta distancia se ve la casa del cura, con su parda fachada, por la que trepa una parra, cuyas uvas no maduran jamás.

La parroquia es muy pobre; las tierras no están cultivadas, y los habitantes se ganan miserablemente la vida trabajando en el bosque.

Separados del resto del mundo por la espesura del arbolado, los moradores de Viveloup son gentes primitivas que viven casi ajenas a la civilización moderna.

Sólo el peatón visita dos veces a la semana la aldea, para llevar algunas misivas oficiales para el alcalde ó para el cura, y raras veces una que otra carta.

Las noticias de fuera llegan a Viveloup tan de tarde en tarde, que cuando se difunden por la aldea tienen ya el carácter de leyenda.

Un domingo por la mañana, á fines de verano, atraído por la belleza del paisaje, me perdí en el bosque, y á las diez me encontré en Viveloup muerto de hambre.

Todas las casas estaban cerradas, y en vano traté de descubrir la muestra de una posada.

No lejos de la iglesia, de donde llegaba á mis oídos el rumor de voces que cantaban al unísono, noté la presencia de una anciana paralítica que sentada en una silla, rezaba devotamente el rosario.

Me acerqué á ella, y le dije:

—¿No hay posadas en Viveloup?

—¿Para qué?—me contestó.—Si aquí no viene nunca nadie.

—Pero cuando por casualidad se presente algún viajero, ¿dónde encuentra qué comer?

—En casa del cura.

—¿En casa del cura?

—Sí, señor; allí van á parar todos los forasteros, que rara vez vienen á la aldea. Pero tendrá usted que esperar hasta que haya concluido la misa.

Acto continuo entré en la iglesia, y en seguida comprendí por qué estaba desierta la aldea. Todo el templo estaba lleno de fieles.

Después de haber alzado el cáliz, el sacerdote bajó del altar para dar la comunión á dos ó tres feligreses, y entonces pude examinar rápidamente la fisonomía del hombre á quien iba yo á pedirle de almorzar.

Tendría unos cincuenta años, los ojos negros, una nariz prominente, una boca desmesuradamente grande y un aire de bondad que lo hacía desde luego simpático y agradable.

Después de la comunión noté en todo el concurso un movimiento inusitado.

Unos estornudaban, otros tosían y cada cual procuraba de estar á sus anchas para oír mejor. Creí que el cura iba á predicar; pero comprendí mi error al ver que un monaguillo traía en una bandeja.... ¿qué dirán ustedes?... ¡Un clarinete!

El cura con gran sorpresa mía, se lo aplicó á los labios y empezó á tocar.

Era aquello una improvisación semisagrada, semiprofana, compuesta de motivos religiosos y de aires populares de todo el mundo conocidos.

No tocaba mal el sacerdote, y sus feligreses, lejos de mostrarse sorprendidos como yo por aquel extraño intermedio, encontraban muy natural el caso y se complacían en escuchar al padre de almas, que les recreaba los oídos después de la misa.

El concierto duró un cuarto de hora, y el cura, después de colocar el clarinete en la bandeja, se dirigió nuevamente al altar para leer el último evangelio.

Cuando la multitud se hubo retirado de la iglesia, me avisté en la sacristía con el cura, á quien expuse con timidez la necesidad en que me hallaba de pedirle hospitalidad, puesto que no había posada en la población.

El buen hombre me escuchaba, mientras guardaba su casulla en un cajón, y después me dijo sonriendo:

—¡Pues no faltaba más! Es para mí un deber el sentar á mi mesa á los pocos viajeros que por casualidad á mi parroquia.—Juan Luis, di á Filomena que ponga otro cubierto y que agrande la tortilla. Va usted á almorzar muy mal, porque aquí carecemos de recursos para obsequiar como es debido á un forastero como usted

Además de la tortilla, nos sirvieron una soberbia trucha y un plato de jamón con tomate que me supieron á gloria aderezado todo esto con un vinillo de primer orden.

Al llegar á los postres, compuestos de nueces y manzanas me resolví á decir al sacerdote:

—Señor cura, permítame usted una indiscreción. He asistido á la misa, y le confieso á usted que me ha sorprendido....

—Ya sé lo que va usted á decirme. Se refiere usted á mi solo de clarinete, que sin duda le ha escandalizado.

—Nada de eso....

—Oigame usted: cuando hace quince años me confió el señor obispo de la diócesis la dirección de esta parroquia, encontré á Viveloup en el más deplorable estado moral y material: una población de salvajes, y, lo que es peor, una población de paganos. Los hombres, las mujeres y los niños pasaban el día en el bosque, incluso los domingos, sin que nadie acudiera al templo ni por asomo.

Decía yo misa ante una docena de viejas, con la particularidad de que ningún hombre entrara nunca en la iglesia, por más sermones que predicara para atraer á mis descarriadas ovejas.

Una tarde de primavera, después de haber meditado acerca del caso, rogué á Dios que acudiese en mi ayuda, y, una vez descargada mi conciencia, se me ocurrió la idea de calmar con la música el mal humor que me dominaba.

En mi juventud había tocado yo el clarinete con regular maestría. Después de haber ido en busca del instrumento, me dirigí á mi biblioteca y comencé á recordar las melodías que había aprendido durante los primeros años de mi vida, cuando de pronto lancé una mirada á la calle y vi que la parroquia entera estaba congregada ante la puerta de mi casa, dando muestras de visible admiración y contento.

Aquello fué para mí una revelación, una enseñanza providencial.

Mis feligreses no eran insensibles á las bellezas de la música, y tenía en mi poder el arma con que debía volverlos al redil.

Pero la iglesia no disponía ni de un armónium, y era yo demasiado pobre para comprarlo. Entonces pensé que, á falta de otra cosa, podría salir adelante con mi clarinete. ¿Por qué no? Lo importante era ganar á Dios aquellas almas empedernidas, y dejé en absoluto de vacilar.

El domingo siguiente obsequié á mi docena de viejas con un solo de clarinete, y difundida rápidamente la noticia del nuevo ceremonial, no hubo desde entonces día de fiesta en que no se llenara de bote en bote la iglesia. Ahora, ninguno de mis feligreses deja de oír misa todos los domingos.

Pues bien—añadió el cura—sepa usted que mi ardid me ha proporcionado no pocos disgustos en altas esferas. Algunos de mis colegas, celosos ó demasiado rígidos, se opusieron á esa mezcla de lo sagrado y lo profano, y la cosa llegó hasta el obispado. Por fortuna, el obispo es hombre de ingenio, y con flema dijo á mis enemigos:

—Señores, puesto que el Rey David bailó ante el Arca, bien puede el cura de Viveloup tocar el clarinete ante el Tabernáculo, y debemos decirle como el profeta Nathan al mencionado Rey: «Haz lo que te dicte tu corazón, porque el Señor está contigo».

ANDRÉS THEURIET.



POR FIESTAS Y TEATROS

Los clubs y centros sociales de más renombre han dado sus tradicionales bailes de Carnaval, y la crónica de estas fiestas ocuparía extensas columnas de amenísimos comentarios si el tiempo y el espacio nos ayudasen en la tarea.

También en la Opera, el Politeama, el Victoria, el Argentino, el Doria, etc., ha habido grandes y animadísimos bailes que han sido el *clou* de los aficionados á Tersicore... especialmente cuando va del brazo del locuaz y sin juicio Momo.

Los bailes de la Opera han sido, sin duda, los más lucidos y concurridos, contribuyendo á su brillo el buen gusto que había presidido al arreglo de la sala y la excelencia de la banda-orquesta dirigida por Bellucci, que ha ejecutado un buen repertorio de piezas.

Entre las piezas mejores ejecutadas por la banda del maestro Bellucci, puede señalarse una fantasía del *Die Puppenfee*, perfectamente adaptada para la clase de instrumentos ejecutantes y arreglada por el mismo maestro director.

La aplaudida cuadrilla *des Clodoches*, que tan festejada ha sido en el Casino ahora y antes de ahora, ha sido un atractivo más de los últimos bailes de la Opera.

Algo que es más digno de llamar la atención en cuanto se refiere á los bailes de la Opera, es que, aún en medio de la ruidosa alegría reinante en la sala, ningún incidente desagradable turbó la tranquilidad de las fiestas, verificadas en el más completo orden.

Como en años anteriores, la Opera ha probado que el esplendor y éxito de sus bailes son insuperables.

Y entremos á hablar de nuestros teatros: poco dan éstos de sí, y nunca estuvo más en su lugar un «resumen crítico» que en la actual situación y expectativa de más grandes espectáculos, en nuestras representaciones teatrales.

Un conocido literato y crítico teatral, con quien (y dejando aparte su competencia en asuntos musicales, en que seguimos al *maestro*) vamos muy de acuerdo en múltiples ocasiones, hace un breve compendio ó apuntación sobre el género por secciones de que se usa y se abusa en esta tem-



DR. LEONIDAS ECHAGÜE — GOBERNADOR DE ENTRE RÍOS

rada: y nada más preciso ni más oportuno que su exacta transcripción á nuestras columnas. Dice así:

«El género «chico» no se rinde todavía, como si se sintiera obligado á una misión que aún no ha terminado; y aunque á trechos se muestra exánime y como agotado por el abuso de producción precipitada, todavía en el que parece su último período ha hecho reapariciones súbitas en que chispea la gracia y lozanía del ingenio español, y ha dado de sí obritas tan frescas, gallardas y risueñas como «La marcha de Cádiz», «El gaitero», «¡Agua, azucarillos y aguardiente!», «El santo de la Isidra», «La Guardia Amarilla», «La

buen sombra», «El padrino de El Nene», «Las verduleras honradas», con otras varias, ó tan sentidas como «La fiesta de San Antón», «El querer de la Pepa», etc.

Mientras conserve el género plumas como las de Ramos Cafríón, Ricardo de la Vega, Arniches, Sánchez Pastor, los hermanos Quintero, entre otras, asociadas á las de ingenios músicos como los de Caballero, Chueca, Nieto, Brull ó Torregrosa, por ejemplo; y si al mismo tiempo logra preservarse de las intrusiones nefandas de los Miguel Echegaray, los López Silva, Fernández Shaw y demás zurcidores y burdos efectistas de igual jaez, podrá seguir solazando nuestras horas de tedio y entreteniendo, ya que no saciando, nuestro apetito artístico, sin estrago del paladar ni náuseas del estómago....

Los bondadosos lectores que nos siguen, saben que no somos demasiado entusiastas del género chico, y que antes bien lo hemos combatido duramente en más de una ocasión, sobre todo por los excesos y bajas chocarrerías á que á menudo le han llevado autorzuelos sin ingenio, ni gusto, ni respeto al arte, del que no tienen conciencia. Pero cuando cultivado por diestras plumas sabe mantenerse en su propio terreno á igual distancia de la vacía frivolidad y de una seriedad pretenciosa é imposible; cuando se deleita en pintar el pueblo, no la canalla; lo cómico ó lo festivo, no lo grotesco, y acierta á ser llano sin grosería, chistoso sin rebuscamiento, picaresco sin desvergüenza, alegre sin desenfreno, característico sin amaneramiento, entonces no puede negársele una mirada de interés y hasta de respeto, porque llena por derecho propio un puesto, y quizá una misión dentro de la esfera artística, ya que si no es el término del arte, puede muy bien ser su principio pues en germen contiene todos los elementos del arte, y de tan feliz manera los ha combinado á veces, como en «La verbena de la Paloma» ó «El santo de la Isidra», que ha ofrecido verdaderos modelos á los géneros superiores.

Por eso habrá observado el lector, que no negamos nuestra atención y nuestra crítica á tales obritas, en proporción á su respectiva importancia, convencidos de que bajo su modesta apariencia y exiguas formas, pueden contener siquiera el granito de arte que no siempre se halla tras de grandes y aparatosas dimensiones. Y por eso seguiremos señalando su aparición, siquiera en arma de simple crónica, con algo de crítica, cuando la merezcan.



LA PRIMERA BANDERA ARGENTINA PRESENTADA AL EJÉRCITO POR EL GENERAL BELGRANO EL 27 DE FEBRERO DE 1812
(CUADRO DE P. BLANQUÉ)

En los dos teatros del género que actualmente funcionan, nada ha aparecido de importancia desde «Los dos veteranos» en la Comedia y «Las Verduleras honradas» en el Mayo.

En este último se ha estrenado últimamente una humorada cómica-lírica de Jackson Veyán, *La niña de Villagorda*, procedente de la Comedia de Madrid, donde según crónicas y carteles alcanzó un éxito que no se ha reproducido aquí para su libreto, de pretensiones cómicas sólo a medias realizadas, aunque en su música campea la facilidad y gracia de que sigue ofreciendo muestras el maestro Torregrosa, uno de los maestros jóvenes que más van despuntando en este género.

Se han distinguido en esta obra las señoras Alba (que está muy graciosa) y Martín, y el señor Juárez.

En el propio teatro se ha reproducido *El Teatro Nuevo*, zarzuela muy cómica y divertida, en que siempre se ha señalado Juárez; y anoche se estrenó una zarzuela en un acto y tres cuadros (patrón *Verbena*, ya se sabe) de Perrin y Palacios, con música del maestro Álvarez de Toledo, que se titula *El Fugitivo* y está inspirada en una obra francesa. A su libreto, que tiene algún interés, supieron añadirle no poco las señoras Montilla y Alba y el señor Juárez.

**

En la «Comedia» se estrenó otra zarzuelita titulada *La Virgen del Puerto*, zurcida con elementos demuchasotras y por lo tanto adocenada, pudiendo sólo recomendarse su música, que no en vano va firmada por el maestro Caballero, aunque no haga tanto honor como otras muchas a esta firma. Debemos hacer constar, que don Manuel Caba (hijo), no ha sido colaborador de este libreto, aunque como tal haya aparecido en los carteles.

Y aquí debiéramos dar fin y remate a esta reseña quincenal, ya que tan pobre, tan indigente se presenta el arte teatral en este fin de temporada veraniega, si no necesitásemos hablar de un estreno de una *quisicosa* ó pieza criolla, titulada *La Guachita*, de don Enrique García Velloso, a quien se llamó a escena entre generales aplausos, (hay gustos para todo) y que fué «sacada a luz» por la «Comedia». Es una serie de escenas dramáticas en un acto y tres cuadros, medianamente desarrolladas y planteadas: está el primer cuadro, acertadamente compuesto (¿no ha habido ahí otra mano?); pero conduce el joven autor todo aquello en los otros dos cuadros con tal confusión y algarabía de entradas y salidas que no se explican ó no se comprenden con la rapidez y claridad con que deben aparecer los episodios y detalles escénicos para que produzcan su efecto. El público no sabía por qué para el acto de venganza que realiza el prometido de Carmen (*La Guachita*, señora Colom) contra la persona del antiguo seductor de la misma, es necesaria más preparación de nuevas escenas y tanto trasiego de personajes de una a otra habitación de la casa.

He aquí, por qué, en el resultado final se vé algo debilitado el interés y no corresponde al efecto dejado por el primer cuadro.

Los hermanos Podestá (José y Jerónimo), dieron el relieve y autenticidad que suelen a los personajes (criollos puros) que representaban, y el señor de la Vega, con las señoras Colom, Roca y Brocal, coadyuvaban a la propiedad con que se presentó y desempeñó esta obra del señor Velloso, a quien por las felices disposiciones para la literatura escénica que en sus varios ensayos nos presenta, debemos inspirarle alientos, recomendándole menos retoques, más espontaneidad y... más estudio.

Sin más reticencias que las que benévolamente fluyen de los puntos de la pluma, sirva nuestro pequeño aplauso de estímulo al joven escritor que tiene en casa dónde aconsejarse y aprender el «camino de los éxitos».

**

No sabemos qué fin práctico se consigue con este



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY, SAN JOSÉ — TEATRO NACIONAL
Fotog. de P. Chabalgoity

afán de presentar novedades, aún a riesgo de perjudicarlas por la precipitación con que se ponen en escena, que tienen las empresas de los dos teatros en riguroso pugilato, pues se ha dado lugar ya a que en una misma noche se haya estrenado en dos teatros diferentes el juguete cómico «En alta mar», del que se tenían lisonjeras noticias. Aunque muy inverosímil, la obra rebosa en gracias y chistes continuados, algunos rebuscados a fuerza de violentar el magín, pero que logran mantener la risa constantemente.

Es una humorada ingeniosa digna de un buen vaudevillista.

En ambos teatros ha habido esmerado conjunto de interpretación. Vega y la Brocal han estado más acertados en la «Comedia», que sus colegas en el «Mayo». Juárez no ha dado con... la nota cómica.

**

hombres y señoras, también en número de 60.

**

Con éxito muy satisfactorio se estrenó en el Casino la señorita Gildi Viaz, singularísimo tipo de belleza mejicana, que tiene tan buena vista como bellos ojos.

En sus ejercicios con el rifle y la pistola hizo notables blancos.

En cuanto a la otra debutante, debe haber quedado muy satisfecha de su estreno, pues el público se mostró con ella excepcionalmente benévolo. Y punto final.

RENÉ.

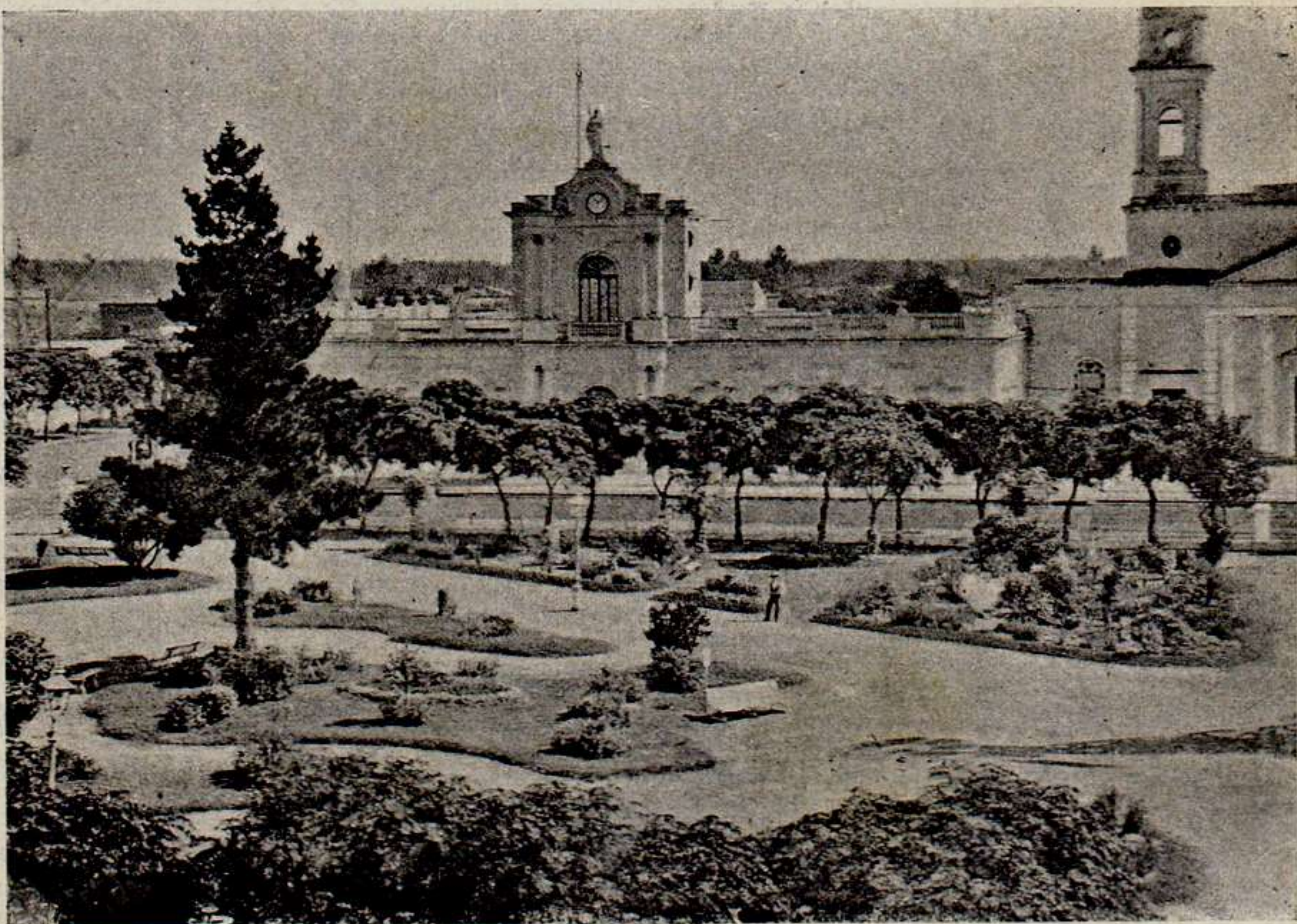


FELIX FAURE

Triste noticia nos comunica el telégrafo, al cerrar este número.

Ha fallecido repentinamente en París M. François Félix Faure, presidente de la República francesa. Francia, como sus dos hermanas latinas, pasa por un período de rudas pruebas que afectan a su organización, y quizás, quizás, al carácter nacional. No importa: la vigorosa resistencia, (comprobada en la historia) de los pueblos latinos a toda clase de contratiempos, desmiente los vaticinios de los prohombres de la raza sajona, y Francia resurgirá, como resucitará España y empieza Italia su fecunda marcha civilizadora, a pesar de todos los obstáculos.

Esa raza, la nuestra, es necesaria, imprescindible para la marcha de la civilización; ella tiene la antorcha del genio y el impulso y el arranque de las grandes iniciativas. ¿Que le falta reflexión y cálculo?



BUENOS AIRES — PLAZA DE SAN JOSÉ DE FLORES

Ahi están para el equilibrio los *conservadores*, sus contrincantes de hoy y de siempre, entre las nieblas del norte y las polares nieblas del septentrion europeo.

Mr. Faure nació en París el 30 de Enero de 1841 y contaba, por consiguiente, 58 años de edad.

Armador en el Havre, fué miembro y antiguo presidente de la Cámara de Comercio de aquella ciudad.

Durante la guerra francoprusiana, fué jefe de batallón de la guardia movilizada, y condujo del Havre á París socorros contra los excesos de la Comuna.

En Agosto de 1881 se presentó como candidato republicano en las elecciones de diputados por la 3.^a circunscripción del Havre, y fué elegido por 5576 votos contra 5675 que reunió su contrario M. Le Vaillant du Douët, candidato monárquico.

Cuando la formación del gabinete presidido por León Gambetta el 14 de Noviembre de 1881, M. Faure fué subsecretario de Estado en el nuevo ministerio de Comercio y de las Colonias, cargo que renunció el 26 de Enero de 1882, en unión de los demás miembros del gabinete. Otra vez volvió á desempeñar el mismo puesto el 24 de Septiembre de 1883, en el último gabinete presidido por Julio Ferry, y presentó su dimisión con todo el ministerio en 31 de Marzo de 1885.

Fué uno de los jefes del grupo de la Unión Republicana y el primero en tomar la palabra en las cuestiones coloniales.

Incluido en la candidatura republicana del departamento del Sena Inferior, á las elecciones de Octubre de 1885, fué elegido diputado por 80.559 votos, de entre los 149.546 electores que contaba el distrito.

El 31 de Mayo de 1871, el gobierno le nombró caballero de la Legión de Honor, en pago á sus méritos y servicios.

Cuando el sucesor en la presidencia de Sadi Carnot, M. Casimir Perier, renunció á consecuencia de los embrollos del asunto Dreyfus, en 17 de Enero de 1895, M. Félix Faure fué elegido presidente de la República por siete años, ó sea hasta igual día de 1902.

El triunfo más grande de su política fué el tratado de alianza con Rusia y el viaje que hizo el zar á París, cuyo recuerdo es de ayer y conocen nuestros lectores.

Era hábil diplomático, aunque muy dado á la fastuosidad del cargo, siendo criticado por algunos el que se hiciera dar honores de rey y se cambiara de traje varias veces al día. Sus reuniones y bailes en el Eliseo recordaban los tiempos del Imperio, por el lujo de que se rodeaba.

Su muerte, en momentos en que Francia tiene en el exterior asuntos serios pendientes de resolución con Inglaterra y la condena de Dreyfus, que mantiene alarmada y convulsa á la opinión pública en el interior, puede ser de graves y fatales consecuencias para Francia y acaso para la alianza francorrusa y aún la raza latina, sobre todo ahora que se había llegado á firmar un tratado de comercio con Italia, que se considera como precursor de mayores amistades entre las dos naciones.

La colectividad francesa, entre nosotros, se apresta para solemnes funerales al que fué egregio magistrado de su nación. Acompañámonos en sus sinceros votos por el progreso de su país, y en sus rezos y oraciones por el descanso del que por su simple esfuerzo se elevó al más alto puesto del pueblo francés.



EDUARDO TOMAS MULHALL

Después de una penosa enfermedad, que se había declarado de una manera decisiva desde hace cuatro meses, el apreciable caballero súbito británico señor Eduardo T. Mulhall, tan merecidamente estimado por nuestra sociedad, ha pasado á mejor vida.

El periodismo activo de nuestra gran capital está de luto: ha muerto un hombre bueno, un laborioso, un intelectual: ferviente católico, depositó su alma en el Señor: ¡descansen en paz!

El señor Mulhall nació en Irlanda el 21 de Diciembre de 1832, y era el segundo hijo del señor E. T. Mulhall, de Dublín. La familia es muy distinguida y apreciada.

El señor Mulhall hizo en su patria sus estudios clásicos y recibió además una sólida educación religiosa. En su juventud pasó á Nueva York, donde contrajo importantes relaciones y dió pruebas de su talento, actividad y honradez á toda praebea.

De allí se dirigió al Río de la Plata en los primeros años de la quinta decena del siglo. Con su inteligencia excepcional, comprendió el inmenso porvenir de este país y se estableció en él, contrayendo matrimonio con la hija del doctor Jaime Eborall, médico del ejército de Rozas.

Poco después fundó un establecimiento ganadero en Zárate; pero en 1861 llegó su hermano me-

nor el señor Miguel G. Mulhall, que acababa de terminar sus estudios en Roma, y puede decirse que juntos fundaron *The Standard*, que no siendo al principio más que una pequeña hoja semanal, ha llegado con el andar el tiempo á ser uno de los más importantes órganos de la colectividad inglesa del Río de la Plata.

Durante su larga permanencia en la República Argentina, el señor Eduardo T. Mulhall ha contribuido con su amistosa y agradecida propaganda á estrechar más las relaciones comerciales de nuestro país con la Gran Bretaña.

Entre nosotros, todas las puertas le estaban abiertas; todos querían y apreciaban al inglés bueno, que fué amigo sincero de sus amigos.

En su última enfermedad, que resultó ser un cáncer al hígado, fué asistido por los doctores Peacan, Alston, Del Castillo, Mulcahy y Pilgrim. Pero los facultativos abrigaban pocas ó ninguna esperanza. El señor Mulhall, que era un ferviente católico, así que lo comprendió, arregló con toda serenidad sus asuntos materiales y espirituales, y se resignó á la muerte.

El fallecimiento de tan decidido é inteligente obrero del progreso, es una gran pérdida no sólo para su familia y el diario que fundó y engrandeció con su trabajo, sino también para la colectividad inglesa en el Río de la Plata.

Será hondamente sentido por la sociedad argentina, á la que Mr. Mulhall estaba estrechamente vinculado, y por todos los que han podido apreciar el espíritu de la propaganda, casi siempre sana y bien inspirada, del periódico que dirigía.

Vivamente condolidos, enviamos á sus deudos la expresión de nuestro más sentido pésame.



M. ODORICO MENDES

Hace cien años hoy, nació en la ciudad de San Luis de Maranhão, el 24 de Enero de 1799, este notable poeta y hombre de estado, una de las glorias más puras de la famosa Atenas brasileña.

La ILUSTRACION SUD AMERICANA no dispone de espacio ni yo de elementos para dar una noticia detallada de la vida y obras del *Virgilio Brasileiro*, como fué conocido desde que publicó en París, en 1858, su inmortal traducción de las obras del cantor latino.

Antes ya había publicado «Merope» (1831) y «Tancredo» (1839) las dos célebres tragedias de Voltaire, y la «Eneida» (1854) en volumen aparte.

Sus traducciones de Virgilio son hasta el día las mejores que se conocen en idioma portugués, y eso lo aseguran M. Ferdinand Denis, en su «Nouvelle Bibliographie», Fernando Wolf en su «Brésil Litteraire», Innocencio en su «Diccionario Bibliográfico», Henriques Leal en el «Pantheon Maranhense», Varnhagem, Porto Alegre, J. M. Macedo y otros biógrafos y críticos, entre ellos sus eminentes compatriotas Juan F. Lisboa, quien publicó un notable estudio acerca del poeta, Sotero dos Reis y Gonçalves Dias. Aun permanece inédita su obra principal, la que le llenó los últimos años de su existencia, el «Homero brasileiro», traducido directamente del griego durante el tiempo de su voluntario destierro en París é Italia. Es imperdonable ingratitud de los brasileños el no haber pagado hasta hoy esta deuda de honor que al mismo tiempo enriquecería las letras patrias.

Hace algunos meses, el ilustre literato marañense Arthur Azevedo, protestó por la prensa fluminense contra este olvido criminal, rogando á los poderes públicos el auxilio indispensable para la publicación de la «Illiada», concluida en Pisa en (1863) y de la «Odyssea» (París 1864).

Como poeta original, dejémos Odorico Mendes muy pocas poesías, «por considerar sus producciones inferiores», tal era el grado de modestia que poseía. El «Hymno á Tarde», es la más reputada y conocida, «delicada inspiración de la musa clásica, dulce, suavisima, que será en todos los tiempos estimada como un poema de excelente idea y belleza de forma purísima. Algunos sonetos y odas completan la colección: reunidas, serán diez ó doce: no hay una sola de entre ellas que no traiga el sello de una obra maestra, según J. M. Macedo en su elogio del poeta en el Instituto Histórico Brasileño.

Sus poesías originales, dice M. Fernando Wolf, en su libro «Le Brésil litteraire», distinguese por esa limpidez serena, exactitud y dicción modelo, que sólo en los antiguos brilla y se encuentra. El pensamiento que inspiró el «Hymno á Tarde», es, en efecto, tan ameno y claro como una bella tarde otoñal; respira toda esa composición un aroma de melancolía semejante al cielo dorado por los rayos del sol poniente. Y entonces ¡qué armonía de mezcla con los sentimientos que expresa! «Las pocas poesías de Odorico Mendes, que fueron encontradas, nos hacen lamentar que no siguiera sus propias inspiraciones, prefiriendo poner su talento al servicio de traducciones de una *belleza tal* que sólo un poeta podría obtener. Esas poesías son de gran mérito y dignas en todo de un ingenio, hijo de la misma tierra privilegiada y feliz

que fué cuna de Gonçalves Dias, Sotero dos Reis, Trajano Galvão, J. Pereira da Silva, Franco de Sá y tantos otros favorecidos del don divino».

¿Para qué hablar del periodista que luchó con heroísmo por la libertad y los ideales más adelantados, ora en su provincia, ora en São Paulo y en la Corte del Imperio?

¿Para qué hablar del erudito investigador que reivindicó para Portugal, en un notable estudio conocido de toda la península y de los demás pueblos de origen castellano y portugués, la originalidad del famoso poema «Palmeirim d'Inglaterra», hasta entonces disputado, por siglos, á su verdadero autor Francisco de Moraes, por los literatos españoles?

¿Para qué hablar del patriota y del hombre de estado cuya intervención en los negocios públicos está ligada al período de la caída del primer Emperador y de la regencia que la siguió, habiendo él tomado parte tan importante en tales acontecimientos, que fué elegido por gran mayoría para el puesto de Regente, honor que declinó «porque era pobre y concienzudo», proponiendo en su lugar á su amigo y también marañense Bráulio Muniz?

¿Para qué hacer desfilar todas las calidades, todos los títulos gloriosos de Odorico Mendes, todos sus servicios á la patria brasileña, si ninguno de ellos es mayor que los prestados á su incipiente literatura?

✱ ✱

El Maranhão no guarda aun las cenizas de tan ilustre hijo y ni aún siquiera posee un monumento que recuerde su patriotismo, talento y fama. En el cementerio católico de *Kental Green* léese esta lápida:

MANUEL ODORICO MENDES

Nació en
San Luis de Maranhão
el 24 de Enero de 1799
murió en Londres
el 17 de Agosto de 1864.
Bajo los títulos de
VIRGILIO BRASILEIRO
Y
HOMERO BRASILEIRO.
tradujo en verso portugués
los dos grandes poetas.

La crisis económica y financiera por que atraviesa el Brasil, ha de pasar, y el Maranhão volviendo á erguirse sobre sus cenizas, hará justicia al hijo que más renombre le dió, á ese «buen viejo, en el decir de Gonçalves Dias, verde en el alma y en el cuerpo y en las ilusiones, que llevara la tarde de sus días á trabajar con el ardor del obrero que porque quiere y por fuerza ha de concluir la tarea y siente el aproximar de la noche, y lanzárase al estudio y reaprendizaje del griego como un chico, como ni el Alfieri se atrevería, si tuviese la misma edad, y sale de la lucha gloriosa y triunfador! Lucha grande y más que grande, — homérica. La lengua más armoniosa que los hombres jamás hablaron — el mayor poeta que Dios crió en medio de las más favorables circunstancias, preparadas y como dispuestas para su apareamiento, es de este gran poeta la obra por excelencia. A aquel lenguaje, hijo de la patria de los dioses, de esa tierra eternamente joven, como la suya, Hebe, tierra que se abre y de todas partes se desborda sobre el océano, como una flor, para beber todas las brisas y respirar todos los perfumes — oponiase allá á nuestro idioma que, á pesar de haber aspirado los olores de las flores virgenes de América y de haberse largamente aromatizado con las esencias balsámicas del Oriente, resiente aun del sisear de los vientos en los cables alquitranados, del gusto penetrante de la sal de las olas y de aquellas máquinas rudas y pesadas, que se movían con la majestad tardía de un elefante á llevar la camilla de una princesa y echaban enormes balas de piedra para defender las costosas especerías de Ceylán y de Ormuz! ¡Y luchan estos dos idiomas; y luchan estos dos poetas!

«Y luchó! A través de los siglos, los grandes espíritus de Homero hallaron uno que los comprendió; vencieron los dos, sin duda. Pero la audacia de la lucha ya no era pequeña gloria; y en las alternativas del combate mismo, el vencido pudo cosechar más de una palma inmortal!»

✱ ✱

Después de tales palabras del glorioso cantor de *Timbiras*, es inútil que yo agregue algo á esta rápida y concisa noticia, cuya única intención es hacer conocer á los lectores sudamericanos uno más entre los brasileños ilustres, hijos de la privilegiada tierra marañense.

FRANCISCO GUIMARAES.



DOCTOR LEONIDAS ECHAGÜE

Aun cuando la nota política no encuadra en las tendencias de nuestra publicación, LA ILUSTRACION SUD AMERICANA cree cumplir un deber al exhibir en sus columnas el retrato del doctor Leo-

MOSAICO

nidas Echagüe, electo por segunda vez gobernador de la Provincia de Entre Ríos, porque es la suya una personalidad nacional con caracteres perfectamente definidos y vinculada a obras de valor en la República.

Nació en el Paraná, capital de aquella Provincia, en el año 1832, y desciende de gobernadores; su padre el general Pascual Echagüe tiene asignado lugar importante en la historia del país.

Estudió derecho en Córdoba y, terminada su carrera, fué allí defensor de menores y pobres, habiendo tomado en la prensa participación activa.

Secretario de la intervención a Mendoza en 1859, juez de Comercio en Paraná en 1860, presidente de la Municipalidad en 1861, juez de Comercio en el Rosario, juez federal en Entre Ríos, ministro de Gobierno de Dupontal, senador nacional en 1871, gobernador de Entre Ríos más tarde, senador nacional en 1875, miembro en 1880 del gran comité revolucionario de Buenos Aires, fiscal en Entre Ríos en 1884, rector del colegio nacional de la misma, ministro del superior tribunal en 1889, presidente del colegio electoral el 90, ministro nuevamente, senador nacional por tercera vez, la sola enumeración de los puestos que ha servido es su mejor elogio: cuarenta años de vida pública, de luchas y de labor incesante, han hecho del doctor Leonidas Echagüe la personalidad más culminante de la Provincia de Entre Ríos y le han colocado en lugar preferente entre los buenos servidores de la República.

Hombre de gran corazón, podrá tener adversarios, pero enemigos, nunca. Jamás, a sabiendas, ha hecho un daño a persona alguna, y nadie como él, ha prestado servicios de importancia a amigos y adversarios.

El doctor Echagüe es un carácter cuya energía disimula siempre con una benevolencia exquisita, carácter que, al decir de Groussac, es el acero de Harmodio oculto bajo el ramo de mirto.

Es saludable la reacción que se opera en las provincias argentinas cuando a regir los destinos de ellos se llevan personalidades como la del doctor Echagüe.

PRUDENCIO MONZON.



Faustino J. Trongé.—Pertenece el doctor Trongé a esa falange de jóvenes que se dedican con empeño no común a una misión y llegan al fin de la jornada con la noble satisfacción de haber alcanzado la meta de sus aspiraciones y dejar tras de sí el ejemplo de su fuerza de voluntad y de su conducta.

Su tesis *«El aborto criminal y el torno libre»*, lo revela; aunque sus proporciones no permitan un estudio profundo de la materia, se percibe en ella el espíritu investigador, y el solo hecho de abordar una cuestión médico legal de la magnitud de esa, significa estar preparado para las investigaciones de la ciencia, que tan ancho campo ofrece a nuestros estudiosos.

Literato, catedrático y médico, en él se sintetiza el atavismo intelectual de tres generaciones, que lo convierten en una promesa para la ciencia.

Actualmente prepara un viaje a las clínicas europeas donde irá a adquirir los conocimientos de las íntimas investigaciones científicas.

Con tal motivo LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA se complace en saludar al distinguido médico.

Anuario estadístico de la R. O. del Uruguay.—Se ha publicado el libro XIV de los que con el título de estas líneas da a luz la Dirección General de Estadística de la vecina República.

Hay grande y curiosa variedad en los tópicos que abraza este libro; y seguramente es un estudio de grande importancia sobre el país hermano, bajo todas las fases de su existencia que servirá, en su día, para compulsar datos y antecedentes difíciles de encontrar en otra parte.

Cuentos de color.—El conocido publicista venezolano don Manuel A. Rodríguez, nos envía su último libro, *Cuentos de color*. Es como todo lo del brillante publicista centroamericano, un bouquet de flores de estilo galano, lleno de color, que revela toda la intensa poesía de su alma entusiasta, toda la galanura y primores de su estilo, *un tanto inclinado* a las nuevas corrientes literarias, tan discutidas, quizás por el escaso contingente de ópmos frutos.

Un enlace.—Se realizó en Londres el anuncio enlace de la señora Mónica Torromé, viuda de Huergo, con el nuevo ministro argentino en Alemania, general V. Mansilla.

El telégrafo ha transmitido todos los detalles de esta ceremonia nupcial, llamada a despertar verdadero interés en las familias.

La ceremonia se realizó a las 12 del día en el oratorio de los Padres Jerónimos de Kensington, y tuvo un carácter de estricta intimidad, debido al luto reciente que lleva el general Mansilla.

El referido oratorio, que es una verdadera joya del arte místico, se hallaba adornada con gran cantidad de flores y de luces que le daban un hermoso conjunto.

Los novios fueron recibidos en el oratorio, con gran ceremonia, por el prior del convento y por los monjes, que formaban dos largas filas desde el cancel de la verja de entrada en Kensington Palace Gardens, hasta la puerta de entrada al templo. Cuando llegaron, el órgano rompió con una solemne marcha nupcial.

El general Mansilla, que lucía su traje de corte, —gran uniforme de general, ostentando todas sus medallas y cordones militares,— daba el brazo a la señora Murphy de Domínguez, esposa del secretario de la legación argentina en Londres, y madrina de la ceremonia.

Acompañaba a la novia, —cuyo *toilette* de color lila oscuro, con encajes de punto de Inglaterra el corpiño y la pollera con adornos de perlas, aros y collar también de perlas, llamaron vivamente la atención,— el ministro argentino ante S. M. Británica, señor Florencio Domínguez, que representaba al general Roca, padrino de la unión.

Esta estuvo a cargo del arzobispo de Westminster, cardenal Vaughan, que precedió la ceremonia con una alocución muy apropiada.

Se encontraron presentes en el acto los señores Torromé, padre de la desposada, que acompañó a la señora Rodrigo Terrero de Rozas, Dr. Francisco P. Moreno, Manuel y Rodrigo Terrero, Carlos, Luis y Vicente Domínguez y varios otros argentinos.

Después de la ceremonia, la nueva pareja y los concurrentes partieron para el Bristol Hotel en Cork Street, donde se sirvió un lunch.

Por la tarde el general Mansilla y su nueva esposa, siguieron viaje a Parsi, donde han fijado su residencia por algún tiempo.

Entre los regalos que han recibido los novios, merece citarse un servicio de mesa de plata cincelada con un juego de piezas decorativas, también de plata, enviado por las familias de Torromé y de Rozas.

Al culto publicista é ilustrado general, nuestras felicitaciones.

De Mar del Plata.—Aquello es el desiderátum de la animación y el *chic* que falta a nuestra gran capital, en estos calurosos días estivales. Nos refieren en carta íntima noticias concretas que a bulto enumeramos, para reflejar una «nota de actualidad» de nuestro balneario de moda.

Retribuyendo el almuerzo con que fué obsequiado hace días, el doctor Manuel Ignacio Moreno ofreció uno, que resultó espléndido, en el restaurant de la Rambla, a los señores siguientes: José Hilario Martínez Castro, Osvaldo Piñero, Alberto Martínez, Luis Ponce y Gómez, Carlos Rodríguez Etchart, doctor S. Gorostiaga, Carlos Gómez, Carlos Malbrán y Matienzo y otros, reinando la cordialidad más exquisita y el buen humor juvenil que fué la nota típica de la fiesta.

El carnaval se ha presentado en este balneario con todas sus galas y adornos, y donde especialmente se ha jugado más, ha sido en el Hotel Bris-

Nuevo obsequio de "La Ilustración Sud-Americana"

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 en toda compra al contado sobre los artículos de **Modas y Confecciones** que se efectúe presentando este cupón en la casa

A. GADAN

FLORIDA esquina TUCUMAN y PIEDAD, 943

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

CORSÉS Y FAJAS SOBRE MEDIDA

M^{me} Rosa Florentz

CALLE FLORIDA, 591

BUENOS AIRES

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 5 por 100 en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en el

ALMACEN DE LA VICTORIA

FERNANDEZ HERMANOS

CHACABUCO, 1, ESQ. RIVADAVIA

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

MARGUERET & Cía.

CALLE DEFENSA, 477

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios fijos, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en

LA NUEVA TIENDA INGLESA

GUNN & Cía. - CALLE PERÚ, 21

BUENOS AIRES

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 5 por 100 sobre el importe de cada compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la casa

CASSELLS Y C^{IA}

IMPORTADORES

220 - CALLE FLORIDA - 220

Válido desde 1.º Enero 1899 a 1.º Marzo 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

TALLER NACIONAL DE GRABADOS

FÁBRICA DE MEDALLAS Y ORFEBRERÍA RELIGIOSA

JUAN GOTTUZZO

PIEDAD, 854

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios de venta, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

TAPICERÍA FRANCESA

de **EDUARDO LIEBEAUX**

CALLE CUYO, 745

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

Cupón de La Ilustración Sud-Americana

VALE

por un descuento de 10 por 100 sobre los precios fijos, en toda compra al contado que se efectúe, presentando este cupón en la

CONFITERÍA LA PERLA

DE SAINZ HERMANOS

CANGALLO, 1002

Válido desde 1.º Enero 1899 a 31 Diciembre 1899.

Obsequio que ofrece LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA a sus lectores.

tol, librándose verdaderas batallas de agua, serpentina, papeles pintados y otros adimniculos de ocasión.

Se hacen grandes preparativos para el tercer baile, que tendrá lugar en estos días.

El salón ha sido espléndidamente adornado bajo una bóveda de flores y serpentinas, simulando una cúpula bizantina con múltiples colores y formas, que presenta un golpe de vista hermosísimo.

En el comedor, completamente lleno de familias, se sientan en este momento más de trescientas personas entre damas y caballeros. La animación es extraordinaria; en una mesa adornada con ramos de orquídeas y bombas de colores, están las señoras Unzué de Cobo, Unzué de Quintana; señoritas Adela y Marta Unzué; señores César Cobo, Manuel Quintana y otros. En otras las familias de Frederking, Alvear, Errázuriz, Mitre, Jiménez, Quintana, Rodríguez Larreta, Dimet, Muñiz, Cantilo, Martínez de Hoz, Moreno, Carabassa, Ruiz, Frias, Bustamante, Quesada y Unzué.

Cierro estos apuntes con los que recojo de la interesante *matinée* musical en casa del señor Alberto Martínez, subsecretario de hacienda. La ofreció en su elegante propiedad Villa Edelmira. En el canto se hicieron oír las señoras Marta P. de Martínez, dueña de casa, y María Antonia R. de Frias. En el piano tocó la señorita Laura Gironde; en el violoncelo se hizo oír el maestro Marengo; en la flauta, el director de orquesta del Bristol, señor Nicodemi; en el violín, el profesor Agnese, y en el piano, el maestro González.

Ya ven ustedes si nos divertimos aquí, y mañana seguirán efectuándose los concursos del tiro a la paloma, que vienen celebrándose desde el comienzo de la temporada.

¡Felices los que se divierten!



NUESTROS GRABADOS

En el campo.—(Dibujo de R. J. Contell)—

Una nota del paisaje de nuestros pueblecitos veraniegos: un apunte robado al campo, en el que, a la sombra de árboles que elevan sus altas copas hacia la altura, elegante dama se abanica y... sueña, tal vez, en algo sonriente y encantador, según la placida expresión de su bello rostro. Dibujo correcto y feliz presentación: he aquí los caracteres de esta «nota artística» del señor Contell, cuya actuación constante en la revista, nos veda mayores elogios y anotaciones.

Don José Batlle y Ordóñez, Presidente interino de la República Oriental del Uruguay—Por falta de lugar no nos extendemos en

la crónica informativa de la transmisión del mando presidencial, durante el breve intervalo en que debe elegirse Presidente de la república hermana, del señor Cuestas, Presidente provisional, al señor Batlle y Ordóñez, elegido Presidente del Senado uruguayo, y con arreglo a la constitución de aquel país, Vicepresidente de la república. Asume el mando con las simpatías generales, y en medio del aplauso moral que hace justicia a su tacto político y a sus altas dotes intelectuales.

En el próximo número va la nota correspondiente que nos llega tarde en el presente.

Velódromo de Palermo.—Antes y después de la carrera—Nuestros grabados reproducen el aspecto que el animado y siempre concurrido velódromo de Palermo presenta antes y después de la carrera. Primero el pugilato de opiniones, la discusión entusiasta sobre el mayor ó menor empuje de uno u otro competidor, y después, terminada la lucha, el cambio de impresiones con la satisfacción de los vencedores y el mal contenido celo de los que perdieron en la carrera.

Señor Odorico Mendes.—Félix Faure (muerto en París el 16 del actual)—**Don Eduardo Mulhall.**—Véanse los artículos biográficos correspondientes.

El Presidente Roca y su comitiva en Gaiman (Chubut)—Una «nota gráfica» que constituye otra página de actualidad, y representa al primer magistrado del país con su comitiva en esas regiones del Chubut, llamadas en no lejano tiempo a próspera vida y desarrollo comercial importantísimo.

Mar del Plata.—Banquete en honor del doctor Magnasco—El joven ministro de Justicia é Instrucción Pública, doctor Magnasco, ha sido objeto, en nuestro balneario de moda, de distinciones afectuosas, que son tributo justísimo a sus altas dotes intelectuales y a su fructífera y fecunda labor ministerial, en el corto tiempo que rige y dirige la marcha de ese Ministerio.

En el banquete ofrecido por el diputado nacional doctor Manuel J. Moreno, se congregó (véase la lista al pie) la intelectualidad argentina en sus varias actuaciones, que en aquel puerto de baños veranea en esta temporada.

Sentáronse a la mesa los señores: Dr. Manuel J. Moreno, Dr. F. Barros, Dr. Henriquez, Sr. Olmos, Dr. L. Güemes, Dr. Murpley, Dr. Sicardi, Sr. Rodolfo Giménez, Dr. M. de Olazábal, Dr. Almada, Dr. C. Dinet, Dr. Juan Balestra, Dr. Emilio Giménez, Dr. E. Revilla, Dr. Juan D. Piñero y el obsequiado, quien, con galantes frases, agradeció aquella muestra de simpatía y de afecto cariñoso. Fué una de las «notas sociales» de Mar del Plata, que la fotografía ha sorprendido y reproducimos en nuestras páginas ilustradas.

La casa de Rozas en Palermo.—Ya ha sido derruida la casa de aquel que durante treinta

años tuvo en conmoción a nuestros antecesores, y hoy estudia la historia en sus múltiples y raras fases de gobernante, ya tachándolo de déspota y tirano sin conciencia, ora como justiciero representante de una época agitada de revueltas y caudillajes, que presagiaban anárquico término a la reciente nacionalidad argentina.

En nuestras páginas aparece la vista de esta casa, finalmente conocida con el nombre de la *tapería de Rozas*, siniestro lugar a que la leyenda dió aureola tristísima de horrores y crímenes sangrientos y que constituye una de las «actualidades» de este mes, el más corto del año.

Señor Leonidas Echagüe, Gobernador de Entre Ríos.—Ha sido nombrado para la gobernación de aquella provincia de próspero porvenir, el señor Echagüe, ilustrado hombre público, cuya larga actuación en la política, su probada experiencia del mundo y su conocimiento de hombres y cosas, hacen esperar gobernación tranquila y exenta de demasiado radicales transformaciones, que perjudican la serena y lenta evolución progresista de la provincia entrerriana, tan abundante en feraces comarcas que justifican el vaticinio de su futuro próspero.

(Véase la biografía).

La primera bandera argentina presentada al ejército revolucionario por el general Belgrano el 27 de Febrero de 1812.—(Cuadro de P. Blanqué)—El episodio histórico en el que las bandas celeste y blanca constituyen la bandera nacional es bien conocido, y a tal objeto pintó el señor Blanqué ese cuadro histórico, que fielmente reproducimos, y en que el artista, sometiendo su inspiración a la verdad de los tipos y de indumentaria al uso, ha realizado una obra altamente meritoria, perpetuando en el lienzo un acontecimiento nacional de tanta transcendencia.

República Oriental del Uruguay.—Teatro Nacional de San José—Como nota alegre que rompe la monotonía de las líneas severas de este templo del arte, aparecen en sus principales balcones encantadoras niñas que dan color y tono al edificio.

Es allí donde se congrega la mejor sociedad de San José para todas las fiestas y espectáculos que con uno u otro fin, pero siempre lleno de atractivos y dulces encantos, se organizan en la culta ciudad de la vecina república uruguaya.

Plaza de San José de Flores.—En las afueras de Buenos Aires, pero dentro de la capital, existe un punto veraniego, San José de Flores, cuya nombradía por sus elegantes chalets y quintas y palacetes, es elogiada con justicia, especialmente en esta temporada veraniega.

La hermosa plaza, frente a la iglesia del otrora pueblecito y hoy barrio extremo de la ciudad, es el centro de kermesses y fiestas que en la quincena última «han dado juego», terminándose con el corso del carnaval, que pasó por uno de sus costados, los atractivos del caluroso estío.

Nuevo obsequio de "La Ilustración Sud-Americana"

ALMACEN DE LA VICTORIA
PRIMER ESTABLECIMIENTO DE ARTÍCULOS DE ESPAÑA
FERNANDEZ HERMANOS
ESPECIALIDAD EN CONSERVAS DE TODAS CLASES
VINOS Y LICORES FINOS, CASA DE CONFIANZA
CHACABUCO, 1, ESQ. RIVADAVIA
Buenos Aires

CORSÉS Y FAJAS SOBRE MEDIDA
M^{me} Rosa Florentz
CALLE FLORIDA, 591
BUENOS AIRES

Grand Prix d'Honneur Hors Concours Paris 1883
A. GADAN
Coiffeur de Dames.—Ancien Président de l'Ecole de Coiffure de Paris
MODES ET COIFFURES
Calle FLORIDA esquina TUGUMAN y PIEDAD, 943
BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA
Novedades de utilidad general,
Cocinas económicas,
Baterías de «Fierro Agate»,
Artículos de Electro-plata,
Estufas, Caloríferos,
Lámparas, Relojes pared,
Maquinaria doméstica,
etc. etc. etc.
220 FLORIDA 220

La Nueva Tienda Inglesa
ESPECIALIDAD EN ARTÍCULOS INGLESES
GUNN Y CÍA.
21, CALLE PERU, 21
BUENOS AIRES

Pidan en los buenos almacenes
Para familias, **VINO MAIPÚ**
la docena \$ 5.50 Marca fundada en 1895
MARGUERET & Cía.
DEFENSA, 477 TELÉFONOS:
BUENOS AIRES U. TELEFÓNICA, 1632
C. TELEFÓNICA, 919

CONFITERÍA LA PERLA
SAINZ HERMANOS
ESPECIALIDAD EN TODOS LOS ARTÍCULOS
... DEL RAMO ...
VINOS, LICORES Y CHAMPAGNE
DE LAS MEJORES MARCAS
CHOCOLATES, BOMBONES, ETC.
CANGALLO, 1002 - Buenos Aires

TAPICERÍA FRANCESA
DE
EDUARDO LIEBEAUX
MUEBLES DE ESTILO, FANTASÍAS Y DECORACIONES
745, CALLE CUYO, 745
BUENOS AIRES

Taller Nacional de Grabados
FÁBRICA DE MEDALLAS ...
... Y ORFEBRERÍA RELIGIOSA
Juan Gottuzzo
CALLE PIEDAD, 854 - UNIÓN TELEFÓNICA, 137
BUENOS AIRES

PARA EL HOGAR

Modo de hacer queso de Brie.—Ensalada de apio con mayonesa.—Callampas en canapé.—Picarones.—Polvos de arroz.—Sopa de camarones.—Para la caspa.—Tener el pelo.—Traspiración de las manos.

Aunque en realidad no me parece muy práctico, no tengo inconveniente en acceder a los deseos de las sobrinas que me piden la manera de hacer queso de Brie.

Cuando está bien preparado, el queso de Brie es delicioso; pero en cambio, cuando están mal hechos, como la generalidad de los que se venden en el comercio, son un quesillo que no vale nada.

Por mi parte, procuraré adaptar el procedimiento a la fabricación a domicilio.

Ante todo, es necesario disponer una pieza fresca,—en este tiempo lo son todas,—y enladrillada, si es posible. Se cuelga del techo, en el centro de la pieza, ó se clava en la pared, una tabla ancha, con agujeros destinados a recibir los quesos, en la forma que luego veremos.

Los quesos de Brie pueden hacerse con leche descremada, lo que permite utilizar la crema para mantequilla; pero en este caso el queso queda menos gordo, menos sabroso.

Si el queso se hace con leche que contenga toda su crema, se le pone el cuajo á ésta tan pronto como esté ordeñada; en caso contrario, hay que entibiar la leche descremada hasta 25° antes de ponerle el cuajo.

El cuajo se diluye primero en un poco de leche, y cuando está completamente deshecho y homogéneo, se vacía en los librillos que contienen la leche. Al cabo de tres horas, ésta debe estar completamente cuajada.

Con una espumadera ó cuchara de palo se recoge la cuajada para colocarla en los moldes. Se llenan así dos moldes, y se colocan uno sobre otro, de modo que la superficie exterior de la cuajada del uno quede encima de la del otro y tapándose. Se deja destilar cinco horas. Al cabo de este tiempo la cuajada se ha reducido de tal manera, que la de ambos moldes pueden caber en uno solo; se quita entonces el de encima.

Según la cantidad de leche de que se disponga, se llenan así cuatro, seis, ocho moldes, pero colocándolos siempre de á dos, superpuestos, en la forma indicada.

Cuando el queso se haya enjutado suficientemente, es decir, cuando se sienta sólido al tacto, se saca del molde, colocando encima una tablita, y dando vuelta aquél para que el queso quede sobre ésta. Se pone así sobre la tabla grande agujereada de que antes hablé, y se sazona la cara superior con sal blanca fina, cubriendo en seguida con otra tablita pequeña. Al día siguiente, se da vuelta al queso, se levanta la tablita inferior, y se sazona la otra cara, que pasa á ser la superior. Al tercer día se sala de la misma manera todo el borde, y se pone el queso en un enrejado ó cestilla de mimbre, la cual se coloca en uno de los agujeros de la tabla.

Desde este momento ya no hay más que dar vuelta el queso diariamente en la cestilla. Al cabo de doce ó quince días, el queso comienza á cubrirse de un ligero musgo blanco, que poco á poco se cambia en azulejo, hasta que el queso queda todo azulado.

En un mes está bueno para el consumo—y si se ha procedido cuidadosamente, será mejor que cualquiera de los que se venden en el comercio.

ció buena y nueva, pedí en el acto la receta para dárosela, y aquí la tenéis.

Tomáis, según el número de comensales, uno ó varios pies de apio blancos y tiernos, y los cortáis en pedazos de dos centímetros de largo. Vais tomando en seguida cada uno de estos pedazos y los dividís en láminas muy delgadas, de modo que queden como fósforos de palo partidos en dos.

El trabajo no es muy difícil, por cierto, pero es de paciencia. A medida que vais cortándolos, echáis esos filamentos en agua fresca. En seguida peláis la papa ó raíz de los apios, y las cortáis también en rebanadas delgaditas como papel, haciendo otro tanto con dos papas cocidas previamente y dejadas enfriar.

Colocáis todo eso en una ensaladera, agregáis, si os gusta, unas obleas de zanahoria cocida, cortadas en igual forma, sazonáis con sal, pimienta y vinagre, revolvéis bien, y dejáis así por un cuarto de hora. En el momento de servir aliáis con una buena salsa mayonesa, y mezcláis pacientemente y con arte, á fin de que todas las virtudes de apio queden bien impregnadas en la salsa, y bien unidas entre sí.

Saltad un instante en mantequilla unas buenas callampas, agregando un poco de limón, para que blanqueen.

Retirad del fuego, sazonad con sal, pimienta, nuez moscada, vino blanco, y poned en seguida á cocer á fuego blando.

Cortad en rebanadas pan de cerveza, y freidlas en mantequilla.

Arreglad en un azafate, en forma artística, esas rebanadas y sobre cada una poned una callampa. En seguida, vaciad encima de cada canapé la salsa en que se han cocido las callampas, espiéndola con yema de huevo batida y una cucharada de crema.

No es un plato difícil, y puedo aseguráros que os agrada, siempre que las callampas sean buenas, de las gordas.

Una fritura nacional y de actualidad: los picarones.

Haced una pasta con tres libras de buen zapallo cocido, dos libras de harina, y medio litro del agua en que se ha cocido el zapallo.

Ante todo, habréis encargado traer de la panadería más cercana un pan de levadura, es decir, un pan común crudo, antes de ser puesto al horno. Deshacéis la mitad de este pan en dos cucharadas grandes de agua tibia, en la cual habréis disuelto dos cucharaditas de azúcar y un poco de sal.

Agregad esta levadura á la pasta anterior, y batid firme hasta que dé hebra.

Esto lo haréis en la tarde del día antes del que hayáis de servir los picarones. Y una vez hecho, pondréis el lebrillo en que esté la pasta sobre la plancha de la cocina, que ya no ha de tener fuego y que sólo conservará el calor que aquél ha dejado.

Al día siguiente hacéis los picarones, y los freís en grasa muy caliente. Para servirlos, los pasáis por una miel hecha con dos libras de chancaca prieta, y una libra de azúcar.

Esta mezcla de azúcar con la chancaca es indispensable para dar á los picarones aquella corteza dura, quebradiza, que es lo agradable, dejándolos esponjados en el interior y bien penetrados de miel. De otra manera quedarían blandos, masacotudos y deshechos.

A Crispina:

Por última vez,—porque ya la he dado en repetidas ocasiones,—he aquí la manera de preparar los polvos de arroz:

En una olla común, de greda, completamente nueva, se ponen 6 litros de agua y 1 kilogramo de arroz fino. Las cantidades pueden reducirse proporcionalmente, ó aumentarse.

Se deja remojar durante veinte y cuatro horas, y en seguida se bota el agua. Durante tres días consecutivos se repite lo mismo, botando el agua y reemplazándola por otros seis litros de agua fresca.

Después de estas tres inversiones, de 24 horas cada una, se pone á destilar el arroz en un tamiz de crin nuevo, que no haya servido para otros usos, y en seguida se expone al aire, al abrigo del



EDISON

INVENTO EL

FONÓGRAFO

Y

F. R. GUPPY Y C^{IA}.

FLORIDA 336

INVENTARON

EL MODO DE VENDER

Fonógrafos y Grafófonos

A PRECIOS

SIN COMPETENCIA

Visiten la casa

FRANCISCO SEMPÉ

Café de Paris

Esmerado Servicio
Banquetes y Soirées
(PRIMICIAS)
Bodega Superior
CASA DE PRIMER ORDEN
Establecida en 1860

Queréis la Salud??



TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

Queréis digerir bien??



APARATOS Y ÚTILES
PARA LA FOTOGRAFIA



Enrique Lepage y C^{IA}.

CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis

Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.

VINO
Bordeaux-Quinquina

Gran Tónico reconstituyente
de
DELOR Frères - Burdeos

SALUD
FUERZA
APETITO
TONICIDAD

Cordial exquisito para personas débiles, recomendado en Francia por los mejores facultativos. Tomarlo antes ó después de comer.

Unicos Agentes

FELIX SOULIÉ & C^{IA}.

BUENOS AIRES

CASILLA 417 | Teléf. Coop. 1496

En todas Confiterías y Cafés

polvo, en un lienzo blanco perfectamente lavado. Cuando esté seco se mueve finisimamente en un mortero de mármol, muy limpio y tapado con lienzo. Por último se tamiza en un lienzo blanco, fino, que se amarra al rededor del mortero, y se recibe en la caja que ha de guardarlo. Se perfuma con la esencia que se quiera.

A Luisa:

Se lavan los camarones en varias aguas, hasta dejarlos enteramente limpios, y se les quita la aleta de la cola. Póngase en una cacerola un litro de agua, con sal, pimienta, una cebolla cortada en rebanadas redondas, una zanahoria, perejil y laurel. Cuando este agua hierva a borbotones, échense en ella los camarones.

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo. — El frasco de 50 grajeas 10^{ts}. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun. MEDICAMENTO CIENTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO. — Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty** — Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

Avisos varios

DR. JUSTO CARLE — Enfermedades de la piel y vías urinarias. — Cerrito, 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS — Director por concurso del Hospital San Roque. — Consultorio: Maipú, 276, de 1 á 4.

DR. EDUARDO OBEJERO — Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos. — Suipacha, 574, de 1 á 4.

N. ODAHL, Doctor en Cirujía Dental: (Doctor Dent. Surg.) de la Universidad del Estado de Nueva York; Cirujano Dentista de las Facultades Médicas de Estocolmo y Buenos Aires. Piedad 588, esquina Florida.

DR. J. COSTAU — Abogado — Avenida de Mayo, 715, de 2 á 4.

DR. JENARO OSORIO — Moreno, 792, de 1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA — Traductor público y comisionista. — S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

Después de cocerlos por 15 minutos, sáquense, pélense, póngase aparte la carne de las colas, y tómense las cáscaras (cabeza y patas) para molerlas en un mortero. Cuando estén reducidas á pasta, póngase en la cacerola, y déjese cocer un rato.

Cuélese en seguida por tamiz y vuélvase á poner al fuego, añadiendo rebanadas de corteza y pan, litro y medio de caldo de carne, y medio vaso de vino blanco. Déjese hervir tres cuartos de hora, y cuélese de nuevo.

Vuélvase al fuego, téngase cuidado de revolver con cuchara de madera, y un poco antes de servir, agréguese las colas de los camarones y un pedazo de manteca; servir caliente porque esta sopa no espera.

A Rafaela.

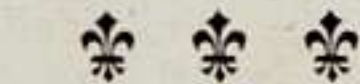
— Para la caspa: haga disolver 60 gramos de cristales de soda, en un litro de agua. Añada 30 gramos de agua de Colonia. Humedecer diariamente la piel de la cabeza con esta agua, por medio de una escobilla, pasándola repetidas veces.

— El pelo cano recobra el tinte castaño con una solución de una parte de bicarbonato de potasa y diez partes de agua. Después de humedecer el pelo con esa solución, se le fricciona con una mezcla de 10 gramos de jugo de cáscara verde de nuez y 90 gramos de alcohol de 60°. En vez de esta mezcla puede emplearse una decocción de corteza de encina, más ó menos cargada, según se quiera un castaño más ó menos obscuro.

— La leche de pepinos es lo mejor que hay para lo que usted desea, entre los varios artículos que se venden en el comercio.

— Para la transpiración de las manos, hágase una mezcla de 90 gramos de agua de Colonia y 15 gramos de tintura de belladona. Frotarse las manos dos ó tres veces al día con media cuchara de esa mixtura. La curación es rápida.

TÍA PEPA.



SPORT

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNIÓN DEL 12 DE FEBRERO

He aquí los resultados generales: Premio «Centella», 1600 metros — 1° Salto, 2° Criollito, 3° Frigate.

Sport: \$ 5.10 á placé 3.10; Criollito 3.45. Premio «Remate», 1600 metros — 1° Chingolo, 2° Hidalgo, 3° Marea. Sport: \$ 11.85, á placé 2.95; Hidalgo 3.40; Marea 2.50. Premio «Vesper», 1100 metros — 1° Yapeyú, 2° Querandí, 3° Dinero. Sport: \$ 6.95, á placé 3.20; Querandí 4.40; Dinero 3.15. Premio «Bal Masqué», 1600 metros — 1.º Reyzeulo y Guttenberg, 3.º Espingarda. Sport: de Reyzeulo \$ 5.30, á placé 4.85; de Guttenberg 4.30, á placé 4.35. Premio «Aboukir», 1200 metros — 1º Travieso, 2º Nihuil, 3º Candil. Sport: \$ 5.45, á placé 3; Nihuil 2.95. Premio «Ligera», 1600 metros — 1.º Salto y Senegal, 3º Ecarté. Sport: de Salto \$ 3.60, á placé 3.35; de Senegal 5.95, á placé 4.50; Ecarté 7.60. Premio «Nihuil», 1900 metros — 1º Lanza Seca, 2º Centella, 3º Rob Roy. Sport: \$ 8.20, á placé 3.05; Centella 5.80; Rob Roy 4.05.

FOR EVER.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

— Exigir siempre la última fecha del EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas el cajón etc., y á mas el nombre A. DELOR & Cía. de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Cía

CALLE TUCUMAN 833 - BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN AMERICANA

EL MEJOR SURTIDO DE COCINAS

EN SUD-AMÉRICA



Baterías de Cocina
de
FIERRO AGATE

HELADERAS ECONÓMICAS

. SORBETERAS PERFECCIONADAS

CASSELLS & Cía. - 220 - CALLE FLORIDA - 220

SAPOLIO

Está expresamente fabricado para limpiar objetos de cocina, metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 651
BUENOS AIRES



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

Fin de estación, AVISO A LAS SEÑORAS, Fin de estación

La Tienda "A la Ciudad de Londres" avisa á su numerosa clientela que desde el **Lunes 20 de Febrero** y durante 12 días solamente, pondrá en venta **todos los saldos de las novedades de verano** con grandes rebajas de precios y un sin número de **ocasiones** á precios excepcionalmente baratos.

Avenida de Mayo, Calle Perú, Calle Victoria - **A LA CIUDAD DE LONDRES** - Avenida de Mayo, Calle Perú, Calle Victoria

Agua natural mineral VICTORIA



De las fuentes de

OBERLAHNSTEIN

Cerca de EMS

La única agua mineral natural sin hierro que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & IA.

RECONQUISTA, 80 (ALTOS)

C. DELVOYE

Grande Maison de Blanc

AJUARES PARA NIÑOS TROUSSEAUX Y LAYETTES

ESPECIALIDAD EN AJUARES PARA CASAMIENTOS

CASA DE COMPRAS EN PARÍS, GINEBRA Y ZURZACH

Venta por mayor y menor

PIEDAD ESQUINA ESMERALDA

BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR

NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE

REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas

Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata

Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO-Buenos Aires

SUCURSALES

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

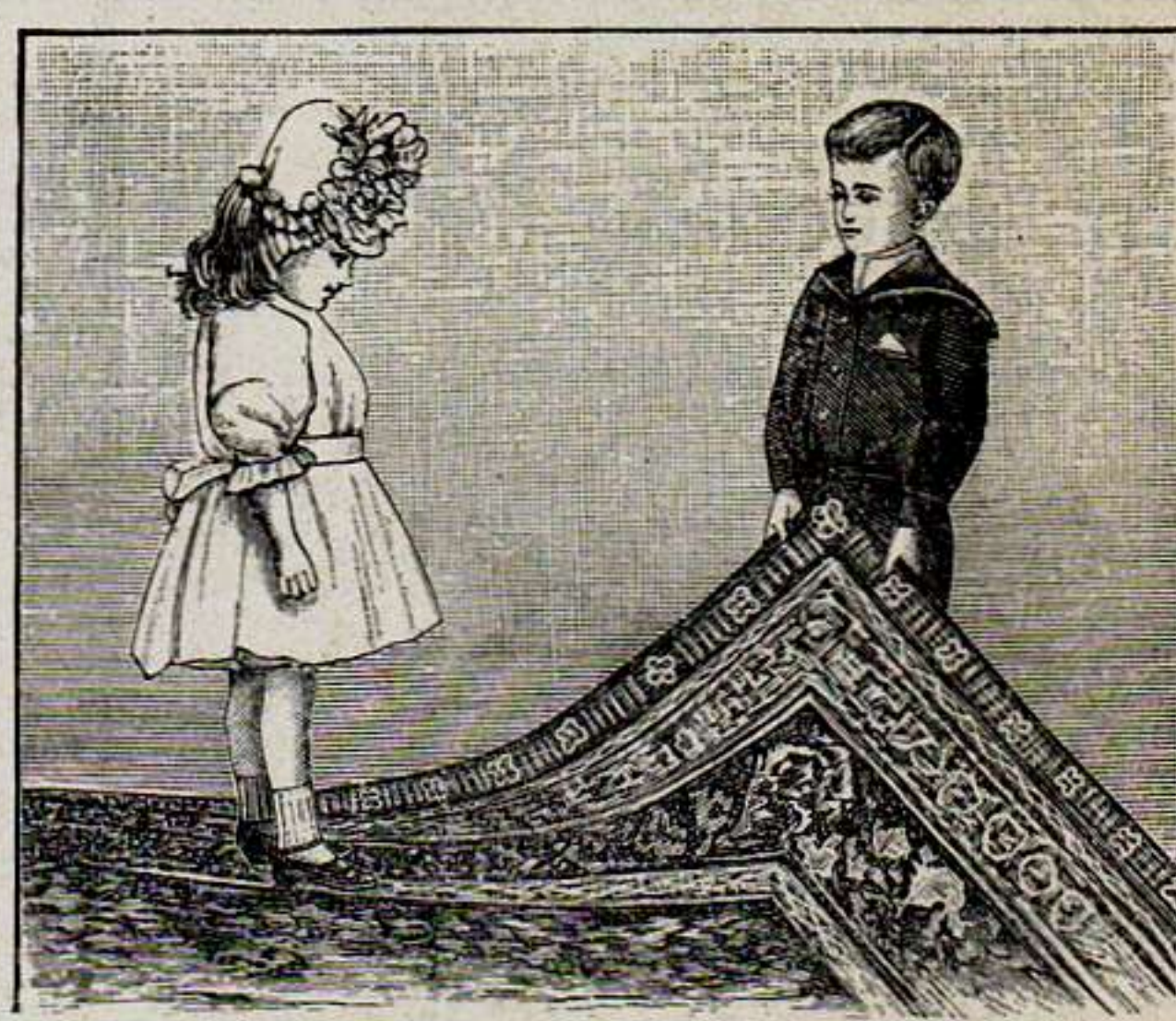
UNICOS IMPORTADORES
W. PAATS ROCHE & C. BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

FUNDADA EN 1857

ELIAS ROMERO & C.ª

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de Ultramar.

902

CALLE PIEDAD

936

Buenos Aires

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



